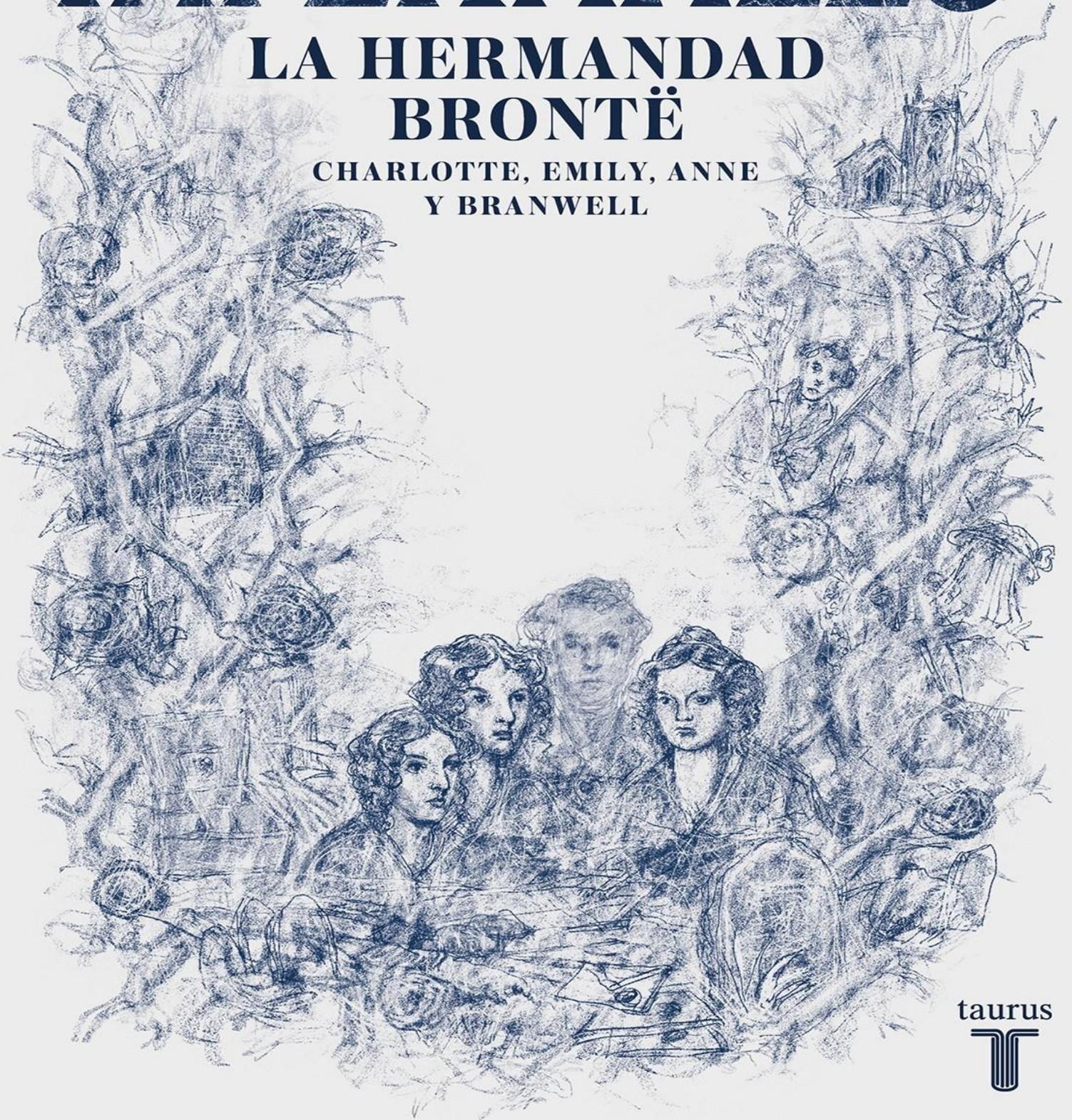


LAURA RAMOS

# INFERNALES

## LA HERMANDAD BRONTË

CHARLOTTE, EMILY, ANNE  
Y BRANWELL



taurus  
T

*Los hermanos sean unidos  
Porque ésa es la ley  
primera. Tengan unión  
verdadera  
En cualquier tiempo que sea.  
Porque si entre ellos pelean  
Los devoran los de afuera.*

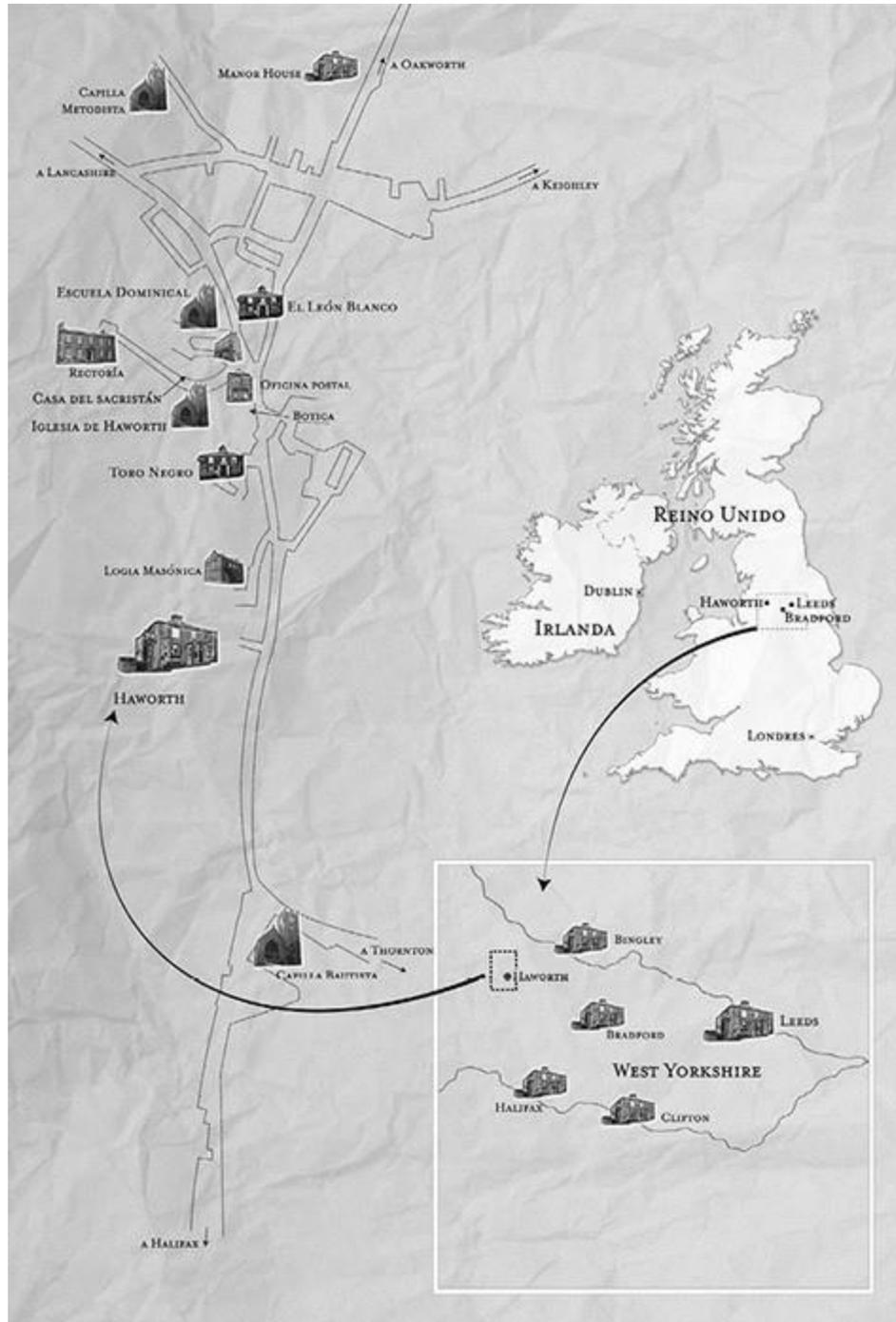
JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*

*Fue doloroso pensar que los hombres eran vanos, serviles e  
hipócritas. Pero peor fue confiar en mi corazón y hallar allí  
idéntica podredumbre.*

EMILY BRONTË, a los 19 años

# EL TERRITORIO BRONTË





## CAPÍTULO XIII

### LA VISITA POP

Desde los sótanos del Toro Negro hasta el mostrador de la botica, susurrados en los bancos de la iglesia y repetidos en los carros que bajaban el camino hacia Keighley, los chismorreos sobre las desventuras de Branwell empezaron a recorrer el pueblo como grietas de una casa gótica en derrumbe.

Las precauciones que la señora Robinson había tomado durante más de tres años para ocultar su *affaire* con el tutor de su hijo se desvanecieron el 8 de noviembre de 1845 con la publicación de un poema en el *Halifax Guardian*, el periódico más importante de la ciudad. Firmado por Northangerland, el texto mandaba una señal, en forma encubierta, a su esposo enfermo: “Tengo un aspecto externo distinto al suyo, cálido como la juventud —no como el del frío descenso de la muerte”<sup>503</sup>. Si bien el señor Robinson había descubierto el romance durante el verano anterior en Scarborough, la publicación de “Real Rest” ofició de confirmación para los miembros de su círculo que albergaban sospechas y de puesta al tanto para el resto.

La señora Robinson debe haberse alarmado en extremo, sobre todo un mes más tarde, cuando Branwell le envió otro mensaje en clave, a través del *Halifax*, que aludía a la muerte de su esposo: “...Tendría un oído donde morarían todos los tonos/ en que se podrían susurrar ‘fallecer’ o ‘adiós’ ”<sup>504</sup>, decía “Penmaenmawr”, publicado el 20 de diciembre. En una carta a Leyland, con el poema adjunto, le explicó el sentido del mensaje: “Debo decirte la razón de mi deseo de que algo de naturaleza tan personal aparezca impreso.

No encuentro ninguna otra manera, que no conlleve peligro, de comunicarme con aquella a la que no puedo evitar amar, sino mandándole estas líneas publicadas con mi usual firma ‘Northangerland’. Mediante un canal privado le envié una carta de consuelo para aliviar su gran y atormentador sufrimiento, pero temo las consecuencias de ser descubierto”<sup>505</sup>.

A pesar de haber sido escrito en noviembre, el poema se remonta al viaje en barco que había hecho con John Brown desde Liverpool a lo largo de la costa del Norte de Gales, a su regreso de Thorp Green. “Estos versos tienen un solo mérito: que realmente expresan mis sentimientos mientras navegaba bajo las montañas galesas y la banda de a bordo comenzó a tocar *Ye Banks and braes*\*. Dios sabe que, por muchas razones, aquellos sentimientos estaban lejos del placer.”<sup>506</sup>

Los Robinson recibían la *Yorkshire Gazette* pero debían leer también el *Halifax*, como sus amistades. Es improbable que los allegados a Thorp Green ignoraran las publicaciones del preceptor, que no era ni callado ni prudente. Para la señora Robinson, el valor artístico del procedimiento no debe haberle importado tanto como la indiscreción de un amante demasiado fogoso. Si su enamoramiento aún conservaba algo de fulgor, la posibilidad de ser descubierta ante su círculo debe de haberlo apagado de una ráfaga.

Ajeno a las repercusiones de los poemas, Branwell siguió publicando en el *Halifax*. Entre fines de ese año y comienzos del siguiente escribió un poema épico hispanoamericano, “Juan Fernández”, inspirado en la derrota naval del almirante George Anson ante un navío español y su travesía hacia los mares de Chile: “Una solitaria nube en el mar yermo, las rocas de Fernández, nuestro Anson divisó...”<sup>507</sup>.

Su novela *And the Weary Are at Rest* fue el resultado final de unos textos angrianos de diciembre de 1837, aunque el motivo de la historia estaba influenciado por su romance con la señora Robinson. Maria Tunstall, antiguo personaje de Angria, en la novela devino en un retrato divinizado de su

amante: despreciada por su esposo, la heroína se ve envuelta por la seducción de Alexander Percy (Northangerland), quien logra sumirla en un conflicto entre sus pensamientos más nobles y el ilícito amor que la consume. Hacia el final, cae arrodillada ante el héroe y ofrece una plegaria a Dios.

Tiempo después Charlotte dijo que ellas publicaron sus novelas espontáneamente, pero es poco creíble que no escucharan los comentarios de Branwell y, eventualmente, les hicieran caso: “Podría obtener doscientas libras por tres volúmenes cuya composición requeriría fumar un cigarro y echar el humo al compás de una melodía”<sup>508</sup>. Sin embargo, *And the Weary Are at Rest* quedó inconclusa. Branwell se quejaba amargamente de un agotamiento excesivo y de permanentes palpitaciones; en una carta a J. B. Leyland dibujó la estatua mortuoria de una mujer con las manos apretadas y el pelo suelto que en su lápida llevaba inscripto, en español, *Nuestra Señora de la Pena*. Ninguna de las hermanas desconocía su obra en verso y en prosa. En cuanto a sus poemas publicados, Charlotte no podía argumentar que desconocía el nombre de Northangerland. Pero si llegó a verlos, nunca los mencionó.

Fue en ese otoño de 1845 cuando se estima que Emily empezó a escribir *Cumbres Borrascosas*. Anne trabajaba en su novela autobiográfica *Agnes Grey* y Charlotte en *El profesor*, que le debe mucho a “The Wool is Rising”, un texto de Branwell de 1834. Con el humor cáustico que ya tenía a los diecisiete años, Branwell describió la atmósfera de las fábricas de lana y los molinos del Norte con tal genio costumbrista que Charlotte volvió a echar mano a esos manuscritos mucho más adelante, en la escritura de *Shirley* de 1848. La correspondencia de Charlotte confirma que las tres hermanas escribían por las noches, y que cada una leía a las otras fragmentos de sus novelas en voz alta, mientras caminaba de un lado a otro a lo largo del saloncito de la planta baja. Pero no habían procedido así con los poemas, según parece. Una tarde o una noche, después de copiar un poema nuevo, Emily olvidó guardar su libreta y

salió a hacer un recado, o se fue a dormir. Al encontrar el cuaderno abierto sobre el escritorio, no mucho más tarde, Charlotte leyó los cuarenta y tres versos de un tirón, hechizada, y sintió un pasmo semejante a “un vuelco en el corazón, como el que me asalta al escuchar el sonido de una trompeta”<sup>509</sup>.

Cuando poco después descubrió que sus papeles habían sido leídos, Emily tuvo una explosión de ira. La exclusión de Charlotte de la coalición literaria de Emily y Anne se remontaba a los tiempos de Angria y Gondal, pero mientras que la asociación de Emily y Anne aún continuaba, la de Charlotte y Branwell se había quebrado a partir de 1840, una vez que los estudios, los viajes y los empleos los separaron. En cualquier caso, Charlotte nunca había sido invitada a participar de la intimidad de sus hermanas, que además compartían diarios, viajes y confidencias. Los esfuerzos de Charlotte por atraer a Emily, primero a Roe Head y luego a Bruselas, no las habían unido como ella anhelaba.

En la edición de 1850 de *Cumbres Borrascosas* y *La inquilina de Wildfell Hall* Charlotte dio una explicación oficial del hallazgo: “Mi hermana Emily no era una persona expresiva ni alguien en los recovecos de cuya mente y sentimientos uno pudiera inmiscuirse sin permiso, ni siquiera las personas más cercanas y queridas. Me llevó horas conseguir que aceptara el descubrimiento que había hecho, y días convencerla de que esos poemas merecían ser publicados”<sup>510</sup>. También habló de su “música peculiar, salvaje, melancólica, destinada a elevar el espíritu”<sup>511</sup>, pero más adelante, en una carta a su editor confesó la repugnancia que le inspiraba a Emily exhibir sus escritos y la severa reprimenda que había recibido por haberlos leído. Sólo a fuerza de súplicas y razonamientos, le dijo, consiguió arrancarle, a regañadientes, el consentimiento para publicar las rimas, como las tildó desdeñosamente. Pero Charlotte, que era una gran lectora, no creía que hubiera otra mujer capaz de escribir poesía semejante.

Entre los poemas que encontró se hallaba “Mi alma no es cobarde”\*\*, que

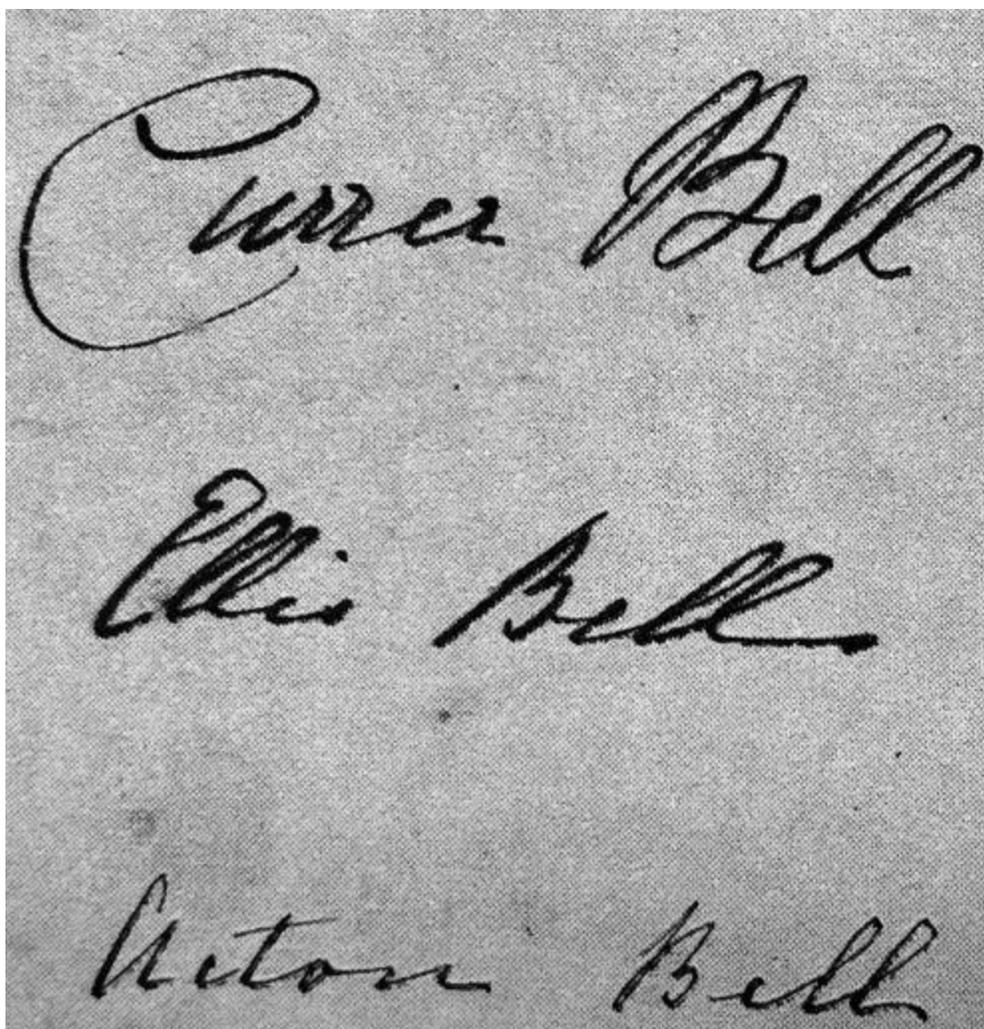
Emily Dickinson eligió para ser leído en su funeral en mayo de 1886: hasta ese momento Charlotte parecía no conocer el mundo visionario de su hermana y el esplendor de su lírica. Para persuadirla de la publicación Charlotte pudo haber tocado la delicada cuerda de la economía familiar; además, logró que Anne exhibiera, con timidez, sus poemas. “Yo no podía ser un juez imparcial, pero pensé que también esos versos poseían un patetismo sincero y dulce muy característico. Habíamos acariciado desde niñas el sueño de un día ser escritoras.”<sup>512</sup> ¿Pero no había sido con Branwell, el más entusiasta colonizador de las islas de Wight y de Mann, con quien había acariciado este sueño? ¿No había fundado él su primera revista y declarado héroes a sus escritores y filósofos? Ellen dijo después que Branwell era “tan querido para Charlotte como su propia alma”<sup>513</sup>, y que ambos “tenían una perfecta comunión de gustos y sentimientos, y era una delicia mutua estar juntos”. Pero se refería a los tiempos de Roe Head.

En cuanto a los sentimientos de Charlotte hacia Anne, el recurso de jactarse de falta de imparcialidad para juzgar sus poemas constituyó toda una impugnación. Los poemas no eran buenos. Esta escena tal vez sucedió el 9 de octubre de 1845, el día en que Emily fechó el poema, o unos días después. “Acordamos hacer una breve selección y, de ser posible, darlos a la imprenta.”<sup>514</sup> La edición debía ser financiada por ellas, no había duda. Este arreglo, al que podría calificarse de mezquino si se anota que selló la proscripción de Branwell, se fundaba en la herencia de la tía, que lo había excluido antes. Claro que él mismo pudo haberse proscripto con su altanería y una furia que con el alcohol alcanzó profundidades demoníacas. Si fuera cierto, como se dice —en el marco de esa práctica de hacer inferencias biográficas a partir de la obra de un autor—, que la degradación de los personajes Hindley Earnshaw de *Cumbres Borrascosas* y Arthur Huntingdon de *La inquilina de Wildfell Hall* fue inspirada en las circunstancias de Branwell, podría conjeturarse que no parecía sensato asociarlo a tamaña

empresa. Charlotte no parece haberse arriesgado en proponerlo. Ya hacía rato que su viejo adversario de Angria se había transformado en una carga dentro de las fuerzas que jugaban en el nuevo régimen establecido por las hermanas.

Con la intención de mantener las verdaderas identidades de las autoras en el incógnito, Emily impuso como condición el uso de seudónimos. ¿Cómo no querer ocultar ante el párroco sus blasfemias?\*\*\* “Ocultamos nuestros nombres bajo los de Curren, Ellis y Acton Bell: la elección ambigua fue dictada por una especie de escrúpulo de asumir nombres positivamente masculinos. Si no declaráramos que éramos mujeres —sin pensar en esa época que nuestra manera de escribir y de pensar no era lo que se conocía como ‘femenino’— era porque teníamos una vaga impresión de que las autoras mujeres podían ser leídas con prejuicio.”<sup>515</sup>

El origen de este transformismo literario levantó una serie de debates y elucubraciones posteriores —además de alertar a la crítica feminista— que llevaron a la hipótesis de que el apellido Bell pudo haber sido tomado, en una decisión profética, del nuevo coadjutor Arthur Bell Nicholls. La fama de la biblioteca de la señorita Frances Mary Richardson Curren, de la mansión Eshton de Skipton, no era menor que su condición de patrocinadora del Colegio para Hijas de Clérigos Pobres. Pero vivía en los alrededores de la casa de la familia Sidgwick, donde Charlotte había trabajado como institutriz. La poeta Eliza Acton, patrocinada por la Casa Real, tal vez inspiró el seudónimo de Anne. No hay rastros del origen del nombre Ellis, pero sí de que las hermanas y Ellen llamaban a Emily Sargento Mayor, un apelativo masculino. Por otra parte, Charlotte usaba muchas veces en su correspondencia el nombre y las iniciales de Charles Townshend, su alter ego, hermano menor de Arthur Wellesley y narrador de muchas historias de la *Juvenilia*.



El trabajo de selección y adaptación de los poemas al formato de un volumen llevó varias semanas del otoño y parte del invierno, el tiempo suficiente como para meditar sobre la inclusión de Branwell en la edición. Como fuera, sus poemas no fueron incorporados. Una vez concluido el trabajo, Charlotte pidió consejo al editor del periódico *Chamber's Journal*, de Edimburgo, quien a vuelta de correo le envió una lista de posibles editores. La escogida fue la casa Aylott & Jones, que en su catálogo incluía poesía religiosa. La proposición que enviaron las hermanas, firmada con el seudónimo "C. Brontë Squire", fue despachada el 28 de enero de 1846 con una oferta decisiva: correr con la totalidad de los gastos de publicación.

La oferta fue aceptada y Charlotte se apresuró a enviar el manuscrito. El

costo de treinta y un libras y diez chelines fue pagado a término. Las pruebas de galera llegaron a la rectoría el 10 de mayo y el libro salió, con inusitada velocidad, a fin de mes. Toda la operación no había llevado más que cuatro meses y, lo más importante, se había conservado en el más absoluto anonimato. Sólo un accidente puso en peligro el secreto al extremo de que el amanuense C. Brontë se vio en la obligación de escribir al editor: “Caballero, como acordamos, las pruebas han llegado a la dirección de C. Brontë Squire. Yo no tenía pensado pedirle un cambio, pero ayer ha ocurrido un pequeño error. Pienso que sería mejor, en el futuro, enviar a mi real dirección, que es Miss Brontë, Rev. P. Brontë & C. Caballero, suyo amablemente, C. N. marzo 28 de 1846”<sup>516</sup>. Tal vez los editores dudaron de la verdadera identidad de los autores, pero no lo mencionaron. El volumen se editó con la firma de Currey, Ellis y Acton Bell, de modo que nadie más estuvo al tanto de los cambios de destinatario de la correspondencia.

Si fue Branwell quien interceptó el correo, la curiosidad pudo instigarlo a volver a actuar, porque dos meses más tarde ocurrió otro incidente. Esta vez, el fisgón fue más audaz: “Las últimas tres cartas que nos envió han sido abiertas, el paquete rasgado en trozos y los libros perdidos”<sup>517</sup>. El episodio arrojó una luz convexa sobre la sinceridad de la propia Charlotte cuando aseguró a la biógrafa Gaskell que Branwell no tenía conocimiento de sus publicaciones. No es probable que el señor Brontë, con graves problemas de visión, haya recibido el paquete; embriagado o no, más o menos drogado, ensimismado en sus padecimientos, Branwell debe de haber notado tal profuso movimiento de cartas, libros y paquetes, inusual en la rectoría. Charlotte desconfiaba de él y tenía sus motivos.

Un par de días más tarde, en una carta a J. B. Leyland, Branwell se quejó de “la quietud de mi casa y de la inhabilidad de mi familia para estar alerta sobre la naturaleza de mis sufrimientos”<sup>518</sup>. En la misma carta se puso al descubierto al mencionar al editor londinense Henry Mosxon, el mismo al que

habían aludido los editores Aylott & Jones en una misiva a Charlotte, que deseaba para *Poems* el mismo papel que había usado Mosxon en sus ediciones de Wordsworth. Branwell no podía conocer al editor Mosxon sino a través de la carta de Aylott.

Lleno de aflicciones y desfallecimientos —era cierto que en ocasiones pasaba tres o cuatro días sin comer o dormir—, Branwell estaba embarcado en la escritura de un poema épico basado en la historia de Morley Hall de Lancashire, uno de los ancestros de Joseph Leyland. Por una especie de transacción artística, a cambio del poema Leyland esculpió un retrato de su amigo en una medalla. Aunque nunca completó el poema, Branwell se sentía muy orgulloso del medallón, que lo muestra como a un emperador romano.

Poco antes de la publicación de *Poems* Charlotte fue a pasar unas semanas con Ellen a Brookroyd House, la nueva casa de los Nussey en Birstall, donde no habló de los escritos. Las novelas de las tres hermanas, como corrobora una carta del 6 de abril de 1846, ya estaban en marcha o bien concluidas: “C., E. y A. Bell están preparando una obra de ficción para publicarla que consiste en tres relatos que no guardan relación entre sí, que podrían publicarse juntos, como una obra en tres volúmenes del tamaño habitual para una novela, o por separado como volúmenes sueltos, como sea más aconsejable”<sup>519</sup>.

A su regreso, momentos después de llegar buscó a Branwell por la casa hasta encontrarlo en una habitación de la planta alta, casi inconsciente: “Mis prevenciones no eran en vano. Emily me dijo que un día, mientras ella estaba ausente, él le había pedido una libra a papá con el pretexto de pagar una deuda. Fue directamente a una casa pública, donde empleó el dinero como es de esperar”. Emily concluyó la historia diciendo que Branwell era “un ser desesperado. Es demasiado cierto. En su presente estado no es posible permanecer en la misma habitación en la que él está”<sup>520</sup>.

Las tres hermanas leyeron el manuscrito de *Cumbres Borrascosas* reunidas junto al fuego del salón a la luz de las bujías o, con más sigilo, bajo el pabalo

de una vela, contó Charlotte: “Si el oyente, después de la lectura del manuscrito, se estremecía bajo el efecto demoledor de naturalezas tan inflexibles e implacables, de espíritus tan descarriados y perdidos; si alegaba que, por el mero hecho de escuchar ciertas escenas vívidas y espantosas, no podía dormir por la noche y su serenidad mental estaría perturbada durante el día, Ellis Bell preguntaba qué significaba todo eso y pensaba que dichas alegaciones eran pura exageración”<sup>521</sup>. La genialidad del texto debe haber dado a Charlotte suficientes ínfulas como para declarar, en su carta a Aylott & Jones, que los autores “no tienen intención de publicar estos relatos por su propia cuenta”<sup>522</sup>. Aylott & Jones, que no publicaban novelas, le adjuntaron una lista de posibles editoriales con algunos consejos para su presentación. Los manuscritos fueron enviados, adentro de un sobre, a la primera casa editora que figuraba en la lista.

El 7 de mayo llegó a la oficina postal de Haworth el paquete con los primeros tres ejemplares entelados de los poemas y, otra vez, lo que Charlotte llamaba las efusiones de Branwell lograron opacar la dicha del momento. El acontecimiento que él tanto había deseado y hasta preanunciado en su obra poética por fin se produjo. Cuando parecía que ya no había esperanzas, los diarios de York anunciaron que el reverendo Edmund Robinson, de Thorp Green, había muerto el martes 26 de mayo de 1846, a los cuarenta y seis años.

El 1º de junio aún Branwell no estaba al tanto, ya que escribió un soneto con el título “Lydia Gisborne”, el nombre de soltera de la señora Robinson, dibujado en letras griegas. Al margen agregó “Lydia B.”, una inicial no tan quimérica una vez que murió el esposo, cuando el apellido Brontë unido al nombre Lydia dejaba de ser una imposibilidad.

Al enterarse, Branwell “cruzó el cementerio casi bailando, como si estuviera loco” <sup>523</sup> contó, años después, la camarera del Toro Negro. “Tenía razones para pensar que sucedería lo que había esperado durante tanto tiempo: ser el esposo de la dama que más amo en el mundo”<sup>524</sup>, le dijo luego a

Leyland. Casarse con la mujer a la que adoraba y a la vez convertirse en un caballero podría, de un solo golpe, justificar todos los sufrimientos pasados y de paso restaurar su honor ante la familia: “Ahora, con más competencia puedo tratar de hacerme un nombre en el mundo de la posteridad sin estar apestado por las pequeñas e incontables molestias que, como picaduras de mosquitos, nos fastidian en el esfuerzo del trabajo diario”<sup>525</sup>. La exaltación fue inmensa pero duró poco.

El “golpe fatal”<sup>526</sup>, así lo describió en otra carta a Leyland, llegó la primera semana de junio, cuando un mensajero del Toro Negro le informó que el señor William Allison, cochero de Thorp Green, quería verlo.

En vez de invitarlo a subir al coche para conducirlo a sus nuevos dominios, como esperaba, el sujeto le prohibió acercarse a la señora Robinson y agregó escuetamente que la viuda se encontraba bajo los efectos de una depresión nerviosa (“estaba en un espantoso estado de salud”<sup>527</sup>, relató Branwell a Leyland al día siguiente). El señor Robinson había incluido en su testamento, le advirtió, un codicilo por el cual su esposa quedaría excluida de la herencia si volvía a establecer contacto con él. Luego de decir esto, Allison pagó la cuenta y se fue.

No se supo de Branwell hasta una hora más tarde, cuando unos vecinos que entraron en la taberna escucharon “un sonido horrible, como el quejido de un ternero”<sup>528</sup> y lo encontraron en una especie de ataque, postrado en el suelo del salón. A partir de ese día fue un hombre destrozado, se dijo en el pueblo.

En los meses que siguieron las noticias provenientes de Thorp Green mantuvieron a Branwell en un hilo entre el éxtasis y la locura. La señora Robinson, a sus ojos, se había convertido en una heroína trágica, al borde de la demencia a causa del arrepentimiento por sus pecados. “Su cochero me ha contado que da lástima verla, que, arrodillada en su dormitorio, no hace más que rezar vertiendo amargas lágrimas. Se extenuó atendiéndolo a él quien, en los días que precedieron a la muerte, se mostró dulce y arrepentido, con lo

cual la desesperación de ella es aún mayor. Los reproches de su conciencia la están matando; esa tortura me ha sido ahorrada.”<sup>529</sup> Él mismo no comió durante tres días y se mantuvo insomne por cuatro: “Vivo en un tormento”<sup>530</sup>, escribió a Leyland, “asándome a fuego lento noche y día”. Junto a esas líneas dibujó un autorretrato en el que pendía con una soga al cuello bajo la leyenda: “Un mártir en la hoguera”. “He perdido el apetito, mis noches son atroces, y como no tengo nada que hacer, evoco el pasado... Ella, su voz, su persona.”<sup>531</sup>

El sábado 4 de julio aparecieron las primeras críticas de *Poems*. El *Athenaeum* la dedicó a Emily: “Éste es el ejemplo de una familia que al parecer posee el instinto del canto... en el caso de Ellis, se eleva a una inspiración que puede, no obstante, hallar un público en el mundo exterior. ... Es un espíritu raro que tiene cosas para decir que a los hombres les agrada oír, y una evidente fuerza para alzar el vuelo y llegar a sitios no alcanzados hasta ahora”<sup>532</sup>. La reseña de *The Critic* también fue elogiosa: “Quienes tengan en sus corazones fibras sensibles a lo bello y lo verdadero reconocerán en estos trabajos la presencia de más genio de lo que esta época utilitaria dedica a los elevados ejercicios del intelecto”<sup>533</sup>.

Alentada por las críticas, Currer Bell envió al editor diez libras destinadas a los anuncios. Además, varios ejemplares fueron mandados a revistas y periódicos. El célebre escritor del *Blackwood* J. G. Lockhart echó a correr el rumor de que los autores eran unos hermanos del gremio textil de una ciudad de Lancashire.

Entretanto, empezaron a llegar a la rectoría los manuscritos rechazados de las novelas. Para ahorrar dinero, en el envío a las nuevas editoriales Charlotte volvía a usar el mismo sobre donde figuraban las direcciones tachadas de las editoriales que los habían desechado antes. Un año después, al recibir el sobre que contenía el manuscrito de *El profesor* con las direcciones tachadas de tres o cuatro editoriales, el director de Smith & Elder juzgó que “esto no estaba

calculado para predisponernos en favor del manuscrito”<sup>534</sup>.

En el verano, las cataratas que afectaban la visión del señor Brontë obligaron a Charlotte y a Emily a viajar a Manchester para consultar a un especialista, quien aconsejó una operación. Charlotte volvió a Manchester sola con su padre y el 25 de agosto se realizó la operación, sin anestesia, que duró unos quince minutos. El señor Brontë, a los setenta años, demostró una valentía formidable. Charlotte exhibió un coraje similar, porque ese mismo día le llegó el manuscrito rechazado de *El profesor* y se sentó ante la mesa del hotel, atenta a la convalecencia de su padre, para empezar a escribir *Jane Eyre*.

“Cierta vez dijo a sus hermanas que hacían mal —hasta moralmente— en representar a sus heroínas hermosas como cosa natural. Ellas replicaron que era imposible resultasen interesantes de otro modo. Su respuesta fue: ‘Les probaré que están equivocadas; les mostraré una heroína tan fea y pequeña como yo, que será tan interesante como cualquiera de las vuestras’<sup>535</sup>. ”  
Escribió el borrador de *Jane Eyre* con lápiz, en unos cuadernos cuadrados muy pequeños que debía sostener muy cerca de sus ojos a causa de la miopía, apoyados sobre un cartón.

“Me pregunto cómo les irá a Emily y Anne en casa con Branwell; también ellas tendrán sus problemas”<sup>536</sup>, le escribió a Ellen el 21 de agosto en una carta redactada con cautela, ya que tenía muchas cosas que ocultar. Sin mencionar la edición de los poemas, la escritura de las novelas y las tratativas de publicación, en la siguiente carta le mandó noticias de la rectoría: “Ansío llegar a casa, a pesar de que, desdichadamente, nuestro hogar no es ahora un lugar propicio para descansar. Es triste pensar en la intranquilidad que reina allí por culpa de la constante presencia de un fantasma; mejor dicho de dos: el Pecado y el Sufrimiento. Tal parece que oscurecen la alegría del día y perturban el bienestar de la noche”<sup>537</sup>. Aludía a Branwell, pero también al hermano de Ellen, Joseph Nussey, que padecía de tribulaciones semejantes.

Ese invierno toda clase de pequeños asuntos mantuvieron en vilo a los feligreses del señor Brontë. A fin de año se presentó en la rectoría un agente judicial con una intimación para Branwell: de no pagar sus deudas, que nadie en la casa conocía, sería conducido a la prisión del condado. “No resulta agradable perder dinero vez tras vez de esta forma, pero es diez veces peor presenciar la mezquindad de su comportamiento en esas ocasiones”<sup>538</sup>, escribió Charlotte a Ellen. El clima de ese invierno —lo comparó al de la Zona Ártica o del Polo Norte—, que impedía mantener la casa caldeada, provocó resfríos a toda la familia y dos noches de tos y ataques de asma a Anne. “Admiro su valiente heroísmo”<sup>539</sup>, dijo Charlotte.

La confusión y dramatismo de los mensajes que llegaban de Thorp Green, fuera por medio de Ann Marshall, la doncella de la señora Robinson, fuera por el doctor Crosby, médico de la familia, afectaron a Branwell de tal modo que llegó a imaginar, sin estar del todo desacertado, que era objeto de una conspiración. El alcohol y las sustancias que consumía pudieron influir en sus pensamientos, ya que además de culpar al administrador de Thorp Green, el señor Evans, y al archidiácono Thorpe, de intentar apartarlo de la señora Robinson, alguna vez llevó consigo un trinchete “por si se encontraba con Satanás”<sup>540</sup>.

Además de los mensajes que transmitía desde Thorp Green, el doctor Crosby llegó a mandarle veinte libras, equivalentes al ingreso anual de un tutor, que Branwell gastó en las tabernas de Haworth y Halifax. “He recibido esta mañana una larga, amable y detallada carta del médico que atendió al señor Robinson y que ha tenido después una entrevista con aquella a la que jamás olvidaré... Cuando él pronunció mi nombre, ella lo miró fijamente y se desvaneció... Mi estado de salud es tan precario que temo no poder superar físicamente el golpe mortal. Nunca me han interesado sus bienes. Yo la amaba a ella... y la amaré siempre. Que Dios la bendiga, ¡pero ojalá nunca la hubiera conocido!”<sup>541</sup>.

Branwell creía a su amante consumida por los remordimientos y moribunda a causa suya pero, a la luz de la correspondencia que mantuvo con su abogado y sus agentes financieros en esa fecha, la señora Robinson gozaba de una robusta salud. Por otra parte, velaba con lucidez por sus intereses, como demostró la cuidadosa planificación de su matrimonio con el acaudalado Sir Edward Dolman Scott, que tiempo después le otorgó el título de Lady Scott.

Una vez que tuvo la seguridad de que Branwell no irrumpiría en Thorp Green, la señora Robinson fue pausando el ritmo de los mensajes que le enviaba. Hasta el argumento del codicilo en el testamento de su esposo no había sido más que una treta para desembarazarse de él, como las historias de sus desmayos, los rezos, los arrepentimientos y la fingida demencia.

El papelerero John Greenwood contó en sus diarios que luego de que el señor Brontë regresó de Manchester, Branwell, semiconsciente a causa de su ebriedad o intoxicado por el opio, una noche prendió fuego a las cortinas de su cama. En ese instante Anne pasó por delante de su cuarto e intentó apagarlas, pero al reparar en que el fuego no cesaba corrió a llamar a Emily en busca de ayuda. Según Greenwood, Emily arrastró con premura a su hermano hasta una esquina de la habitación y volvió a acercarse al fuego para arrancar las cortinas en llamas y apagarlas con movimientos silenciosos y decididos. “No le cuentes a papá”<sup>542</sup>, le dijo a Anne. A partir de este episodio Branwell fue trasladado al cuarto del párroco, para dormir junto a él.

Se decía, y Greenwood no fue el único en difundirlo en el pueblo, que Emily cruzaba a toda prisa el cementerio para golpear en la ventana trasera del Toro Negro y avisar a Branwell que su padre lo estaba buscando. Las noches en que quedaba inconsciente en el sótano, donde se refugiaba para tomar opio o alguna bebida espirituosa, ella misma lo acarreaba hasta la rectoría. A menudo permanecía acostado durante toda la jornada, con el párroco velando a su lado para impedir que se quitara la vida. Tan preocupado por la existencia de su padre como él por la suya, Branwell escribió a

Leyland: “A mi padre no le debe quedar mucho por vivir, y cuando él muera, mi vida, que ya está en el crepúsculo, se hará noche”<sup>543</sup>. Entre citas a Byron, dibujos macabros y frases latinas, sus cartas a Leyland intercalaban delicadas solicitudes de dinero, aunque cierta vez le envió un billete para propiciar un viaje de su amigo a Haworth. “Pero no creo que usted esté en condiciones de comprender mis incoherentes palabras, señor. Quien no tiene ya esperanzas, y sabe que su reloj llegó a las doce de la noche, no puede comunicar sus sentimientos a aquel que tiene el suyo a las doce del mediodía.”<sup>544</sup>

A comienzos de ese verano, en el número del 5 de junio, el *Halifax Guardian* publicó “The End of All” (El fin de todo), el poema de 1837 sobre la muerte de Mary Percy que podría haber sido considerado premonitorio: “No horas, sino años como éste me aguardarán: despertar, llorar y la vigilia en soledad...”<sup>545</sup>.

Menos que la debilidad física o la certeza de que su matrimonio con la señora Robinson no iría a producirse nunca, parece haberlo aplacado la falta de dinero, que le impedía comprar alcohol y opio. Fue entonces cuando Charlotte se aventuró a invitar a Ellen a la rectoría: “Se ha terminado una considerable suma de dinero que él poseía en la primavera, y necesariamente está obligado a restringirse en cierto asunto. Debes saber que lo encontrarás mentalmente destruido y completamente cambiado de aspecto. No temo que vaya a ser descortés contigo; al contrario, estará tan suave como el aceite”<sup>546</sup>. Poco antes Charlotte había rechazado una propuesta de Ellen de establecer juntas una escuela sin decirle los verdaderos motivos de su renuencia. Entre los paquetes de los manuscritos rechazados que traía el correo, en esos días llegó un informe de Aylott & Jones con el resumen de las ventas de *Poems*: dos ejemplares. El 16 de junio Currer Bell envió el libro de poemas, acompañado de una carta encantadora, a los principales poetas y críticos del momento: Wordsworth, Hartley Coleridge, De Quincey, Lockhart y Tennyson.

“Señor: Mis parientes Ellis y Acton Bell y yo mismo, desoyendo las

advertencias de varios editores respetables, nos hemos precipitado en la publicación de un volumen de poemas. Los previsibles resultados, desde luego, nos han sorprendido; nuestro libro ha resultado invendible, nadie lo necesita ni le presta atención. En el espacio de un año, nuestro editor ha colocado sólo dos ejemplares, y mediante qué penosos esfuerzos ha logrado deshacerse de ellos es algo que sólo él sabe. Antes de enviar la edición a los fabricantes de baúles, hemos decidido distribuir a modo de obsequio los pocos ejemplares que no podemos vender, y le rogamos que acepte uno en reconocimiento por el placer y el provecho que tantas veces hemos hallado en sus libros. Muy respetuosamente suyo, Currer Bell”<sup>547</sup>. Con este ademán, y a la vista de que las tres novelas habían girado a lo largo del año por las principales editoriales de Londres sin hallar respuesta, Charlotte parecía haber cerrado la espiral de intenciones desatada con el hallazgo de los poemas de Emily.

Pero semanas después llegó una carta de Thomas Cautley Newby, el dueño de una pequeña editorial de la calle Mortimer, en Cavendish Square, la última en recibir los manuscritos. El señor Newby afirmó estar dispuesto a publicar las novelas y ofreció a los señores Bell una edición de trescientos ejemplares, para la cual los autores debían adelantar cincuenta libras, que serían reembolsadas una vez vendidos los primeros doscientos cincuenta. En opinión de Charlotte, más que desventajosa, la oferta era fraudulenta, pero Emily y Anne la aceptaron el 15 de julio. Si *El profesor* fue rechazado por Newby o si fue Charlotte quien se rehusó a publicar en semejantes condiciones, no está del todo claro. Lo cierto es que, sin perder tiempo, mandó su manuscrito a la siguiente casa editora de la lista, Smith, Elder & Co. “En junio de 1847 llegó a nuestra oficina un paquete con un manuscrito, *El profesor*, con tres o cuatro direcciones de otras editoriales tachadas en el sobre, lo cual indicaba que el paquete había sido presentado previamente a otros editores”<sup>548</sup>, evocó George Smith en un artículo de diciembre de 1900 de la *Cornhill Magazine*.

La casa Smith & Elder era la sexta editorial en recibir el libro.

La respuesta llegó, en una carta de dos hojas de extensión, pocas semanas después. Smith & Elder apreciaba “el gran poder literario”<sup>549</sup> de *El profesor* pero lo consideraba demasiado corto para ser publicado; en cambio, decía que aceptaría una novela en tres volúmenes del mismo autor. Si parecía una mala noticia, no llegó a serlo. Charlotte tenía muy avanzada, precisamente, una novela en tres volúmenes: *Jane Eyre*. Calculaba que terminarla le llevaría un mes más, pero la alegría por haber encontrado al fin un editor, la impulsó a trabajar con tal frenesí que dos semanas más tarde llegó a la última línea. Mientras Anne y Emily corregían las galeras recién llegadas de sus novelas, el 24 de agosto ella envió *Jane Eyre* a la calle Cornhill 65 de Londres.

El primer lector de la editorial se vio tan “poderosamente sacudido”<sup>550</sup> por la novela que el editor George Smith desconfió de su impresión. El segundo, el editor William Smith Williams, pasó la mitad de la noche en vela para terminar de leerla y al día siguiente, un sábado, entregó el manuscrito a su jefe. George Smith lo llevó a su casa con la intención de echarle un vistazo en la mañana del domingo. No disponía de mucho tiempo, ya que a las doce tenía una cita con un amigo en las afueras de Londres. Después del desayuno se encerró en su estudio y empezó a leer. Cuando le informaron que su caballo lo esperaba en la calle para salir se apresuró a escribir una nota de disculpa a su amigo y siguió leyendo sin interrupciones, tan cautivado por la lectura que se sobresaltó al escuchar otro golpe en su puerta. Había anochecido. “Se presentó mi sirviente diciéndome que la cena estaba servida; le pedí que me trajera un sándwich y un vaso de vino y volví con *Jane Eyre*. Vino la cena, que comí prontamente; antes de irme a la cama, esa noche, había terminado el manuscrito”<sup>551</sup>, relató George Smith años después de que *Jane Eyre* se

convirtiera en el suceso literario más importante de Inglaterra.

El entusiasmo, sin embargo, no le nubló el entendimiento, ya que ofreció sólo cien libras por los derechos cuando los autores de novelas en esos años solían recibir unas quinientas. Cinco años después, la señora Gaskell recibió ochocientas por los dos volúmenes de la biografía de Charlotte.

Si bien aceptó las condiciones de Smith, muy ventajosas en relación con las que habían firmado sus hermanas, Charlotte no dejó de objetar que se trataba de una suma pequeña para un año de trabajo intelectual y propuso que se le adjudicara una adición proporcional a las ventas. No accedió a corregir, como le pidieron, los primeros capítulos sobre la escuela Lowood para hijas de clérigos pobres: “Tal vez la primera parte de *Jane Eyre* puede gustar más al público de lo que ustedes anticipan, porque es verdad y la Verdad tiene un encanto poderoso”<sup>552</sup>, escribió a los editores. La verdad invocada no era tanta, porque Charlotte después desmintió que la descripción de Lowood se ajustara precisamente a Cowan Bridge y luego se volvió a desdecir. Pero no quitó ni una coma y *Jane Eyre* se imprimió tal cual había sido escrita.

Cuando seis días después llegaron a la rectoría las primeras pruebas, ella se encontraba nuevamente en Brookroyd visitando a Ellen. Sin importarles poner en riesgo el pacto secreto, sus hermanas se las reenviaron el mismo día. Charlotte las corrigió bajo las narices de su amiga y las envió de regreso a la calle Cornhill. Ellen nunca dijo una palabra.

Charlotte regresó a su casa el 23 de septiembre no sin contratiempos, después de perder la conexión del ferrocarril en Leeds y esperar en la estación “con los pies helados durante dos horas”<sup>553</sup>. Luego de tomar el siguiente tren a Keighley emprendió la caminata “lluviosa y ventosa”, hasta Haworth. Su equipaje llegó al día siguiente, lleno de regalos que Ellen había deslizado calladamente entre sus paquetes. Un chispero para la chimenea del señor Brontë, una capa para Tabby, que declaró estar “encantada”<sup>554</sup> con el obsequio, un bálsamo de queso de cangrejo para Anne, muy apropiado para

aliviar sus ataques de tos y de asma, y unas manzanas y un cuello para Emily.

Entre las novedades del pueblo, que Anne reportó en su nota de agradecimiento a Ellen, no habló de su novela en proceso de edición ni de la escritura de la segunda. En cambio, mencionó la llegada del viento del Este, al que Emily consideraba “seco y poco interesante”<sup>555</sup> pero que a ella la enfermaba sin remedio, y la partida a Irlanda del señor Arthur Nicholls, el coadjutor de su padre. “Siento decir”, agregó Charlotte en otra carta a Ellen sobre el mismo asunto, “que muchos de los feligreses expresan el deseo de que el señor Nicholls no tenga problemas al cruzar el canal, pero que debería quedarse tranquilamente donde está. Éste no es el sentimiento que debería existir entre el pastor y el rebaño... y no es precisamente el que despertaba el pobre señor Weightman”<sup>556</sup>. La mordacidad de Charlotte procuraba aplacar las insinuaciones de Ellen sobre el atractivo del joven pastor: “la mediocridad de su mente me aplasta”<sup>557</sup>.

Anne estaba enfrascada en la escritura de su nueva novela, empeñada en rechazar las invitaciones de sus hermanas a emprender caminatas o a conversar, se quejaba Charlotte ante Ellen. La escritura de *La inquilina de Wildfell Hall*, al parecer, la obligaba a llevar una vida sedentaria y aislada, no muy diferente, de todos modos, de la que llevaban sus hermanas.

*Jane Eyre* se publicó dos meses después, el 16 de octubre, y produjo una conmoción entre el público londinense. *Cumbres Borrascosas* y *Agnes Grey* continuaban detenidas en la imprenta a causa de los resquemores de Newby, pese a las reiteradas cartas de reclamo de sus autores. Recién cuando *Jane Eyre* se convirtió en un éxito, Newby publicó las otras dos novelas.

Aparecieron a fines de diciembre, en tres tomos encuadernados en rojo oscuro, estampados con unas guardas de dibujos defectuosos y letras doradas. *Cumbres Borrascosas* abarcó los dos primeros tomos; *Agnes Grey* el tercero. Ninguno de los tres incluyó las correcciones que Emily y Anne habían hecho sobre los errores de la tipografía original. Charlotte se lamentó de que las

novelas de sus hermanas no hubieran recibido el “tratamiento de caballero”<sup>558</sup> de su editor. “Los libros no están bien hechos, tienen muchos errores de imprenta. Siento mucho que Ellis y Acton no hayan sido tratadas por Newby con el mismo respeto que yo recibí de Smith & Elder”<sup>559</sup>, le escribió a William S. Williams. Cuando apareció *Cumbres Borrascosas*, diecisiete periódicos londinenses y siete de provincias ya habían reseñado favorablemente *Jane Eyre*. Lo alabó Thackeray, que era lo mismo que decir la literatura anglosajona, y hasta G. H. Lewes, el más reputado crítico de la época.

*Cumbres Borrascosas* sólo recibió injurias. El crítico del *Athenaeum* juzgó con malevolencia “la baja conducta de los personajes de los Bell”<sup>560</sup>. El *Atlas* dijo que “el efecto es indeciblemente doloroso; no conocemos en toda nuestra literatura de ficción nada que represente de manera más chocante las peores formas de la humanidad”<sup>561</sup>. El crítico del *Britannia* fue más preciso: “No hay en los *dramatis personae* un solo personaje que no sea absolutamente abominable y completamente despreciable. Si uno no aborrece a la persona, lo desprecia a él, y cuando no lo desprecia, lo aborrece con toda el alma... los personajes estaban sacados de lo más bajo de la vida; son los habitantes de un distrito aislado e incivilizado, o están sometidos a una influencia demoníaca”<sup>562</sup>. El comentarista del *Douglas Jerrold's Weekly* advertía que “ciertos detalles de crueldad, inhumanidad, odio y venganza son susceptibles de escandalizar al lector, disgustarlo y hacerlo enfermar”, aunque admite que el autor podría ser “un gran artista dramático”<sup>563</sup>.

No podía decirse que el libro de Emily hubiera pasado inadvertido. El crítico de *North American Review*, del otro lado del Océano, fue más ecuánime: llamó a Heathcliff “demonio bruto”<sup>564</sup> y a su autor “obstinado, brutal y morboso”, pero reconoció que era un “hombre de inusitado talento”.

La señora Gaskell dijo que Charlotte no pudo recordar ningún instante de placer por las críticas favorables a su libro a causa de las ofensas asestadas al

de su hermana, que no podía sentir nada viendo la entereza de Emily y sabiendo lo que en el fondo sentía. Pero, ¿sabría Charlotte lo que en el fondo sentía Emily?

El 10 de diciembre Charlotte recibió un cheque de la firma Smith & Elder de cien libras, con la promesa de otro por la segunda edición. Nunca había ganado tanto dinero. La primera edición, de probablemente dos mil quinientos ejemplares, se había agotado en tres meses. Se reimprimió en enero y nuevamente en abril. Charlotte ya estaba trabajando en *Shirley*, su tercera novela, y Anne en *La inquilina de Wildfell Hall*, su segunda, desde el verano anterior. Aunque Charlotte no estaba al tanto, Emily mantenía correspondencia con Newby sobre una segunda novela. A pesar de las críticas o tal vez a causa de ellas, la novela de Emily se había convertido en un suceso editorial. *Agnes Grey*, que apenas había sido tenida en cuenta por la crítica, también vendía más de lo esperado.

“Estimado señor: Le agradezco mucho su amable carta y tendré mucho placer en llegar a un compromiso con usted respecto a su próxima novela. No le diré que se dé usted prisa en terminarla. Pues creo que tiene razón en no darla a conocer al público hasta estar satisfecho con ella, ya que hay mucho en juego con su próximo libro: si es mejor que el anterior, usted se va a consagrar como un novelista de primer nivel, pero si los críticos lo consideran inferior, van a juzgar que desperdició todo su talento en el primero...”<sup>565</sup>, escribió Newby a Emily el 15 de febrero de 1848. Esta carta, en poder del Museo Brontë, es el documento más importante que corrobora la existencia de una segunda novela de Emily. De todas maneras, algunos estudiosos sostienen que pudo haberse referido a *La inquilina de Wildfell Hall*, la siguiente novela de Anne, ya que el mismo Newby se confundía a los autores y las obras: en un aviso en *The Examiner* del mes anterior había descripto *Cumbres Borrascosas* como “la nueva novela del exitoso Acton Bell”<sup>566</sup>. Pero la referencia a los críticos que hace en su carta pone en duda que sacara a relucir

*Agnes Grey*, que fue prácticamente ignorada.

Tal vez no tan ajeno al éxito de sus hermanas como ellas creían, Branwell pasaba la mayor parte del día en la cama. Ese procedimiento usado por Lydia Robinson de enviarle dinero para mantenerlo a la distancia, ¿no ponía en juego una especie de deshonesto chantaje moral? En junio de 1848 Branwell aún se encomendaba a ella cuando dijo a sus acreedores del Old Cock y el Talbot de Halifax que “mi garantía financiera, a través del doctor Crosby, es moralmente confiable”<sup>567</sup>.

La señora Gaskell describió la ruina de Branwell con su estilo más depurado y por una vez no exageró: “Tenía ataques de *delirium tremens* aterradores. Algunas noches, en la habitación de su padre, decía que antes del amanecer él o su padre morirían. Las temerosas hermanas, enfermas de miedo, imploraban al padre no exponerse a ese peligro... En la mañana, con la incontinencia verbal del alcohólico, el joven Brontë decía: ‘El pobre viejo y yo hemos tenido una terrible noche. Él hace lo mejor que puede, pobre viejo. Pero todo cae sobre mí’ (lloriqueando): ‘Es culpa de ella, es culpa de ella’”<sup>568</sup>.

El volumen de *Medicina Doméstica Moderna* de Thomas Graham del señor Brontë tiene marcado con un asterisco la sección Locura o Desarreglo Mental. En el margen puede leerse, con letra del párroco, una nota: “Existe también *delirius tremens* causado —a veces— por intoxicación —el paciente que está poseído por demonios, en su imaginación ve luminosas sustancias, las extremidades a menudo le tiemblan, si está intoxicado no se lo debe dejar solo. Estos desarreglos en general disminuyen”<sup>569</sup>. Bajo las causas de la locura, el dictamen “disposición hereditaria” está subrayado y este subrayado señala el enigma y la tragedia del señor Brontë. Pasiones y emociones, otra causa enumerada en la lista, no está subrayada. Pero marcó una pócima: “Doce gotas de amoníaco diluidas” y una indicación: “Intervenciones durante las pesadillas o el sonambulismo”.

En el film *Nymphomaniac*\*\*\*\*, Stellan Skarsgård explica a Charlotte Gainsbourg, también protagonista de *Jane Eyre* en 1996, que “Poe murió de la forma más terrible imaginable, de algo llamado *delirium tremens*. Ocurre cuando un largo período de abuso de alcohol es seguido por una súbita abstinencia. Tu cuerpo entra en un estado de shock hipersensible. Puedes tener las alucinaciones más horribles, como ver ratas, serpientes y cucarachas saliendo del suelo y gusanos arrastrándose por las paredes. Todo el sistema nervioso entra en alerta y padeces pánico y paranoia constante y luego, el sistema circulatorio falla, pero el pánico y el terror permanecen hasta el momento de la muerte”.

A comienzos del año 1848, el viento del este que solía enfermar a Anne provocó influenza y fuertes resfriados en toda la familia “más de dos veces en el curso de pocas semanas”<sup>570</sup>. Si la palidez de lord Byron obedecía a la ingesta de vinagre, la de Emily y Anne era consecuencia de las epidemias que habían brotado ese invierno en el pueblo. La vigorosa Tabby fue la única en resistir las inclemencias del clima, informó Anne en una carta a Ellen “sin tener más noticias para contarle, porque no hemos estado en ningún lugar ni visto a nadie, ni hemos hecho nada de lo que podamos hablar desde que usted estuvo aquí”<sup>571</sup> aunque, aclaró, estaban ocupadas de la mañana a la noche. El giro “nada de lo que podamos hablar” delata la honestidad de Anne, obligada a mantener el secreto y a la vez reacia a la mentira.

La carta omite las frecuentes amenazas de suicidio de Branwell, aunque Charlotte, en otra carta a Ellen, menciona su irritabilidad extrema y la inquietud de su padre. Otra vez con dinero en su bolsillo, cuyo origen podría atribuirse a la señora Robinson, Branwell invitó a Leyland y Brown a gastarlo en las tabernas de Halifax. Alguna escena que protagonizó allí lo llevó a escribir una carta de disculpa a Leyland en enero: “...Yo estaba muy lejos de

sentirme bien cuando lo vi la semana pasada en Halifax”<sup>572</sup>, le dijo. “Si usted llegara a ver a la señora Sugden del Talbot, me gustaría que le transmita que considero su conducta hacia mí de lo más amable y maternal, y si yo hice algo para ofenderla, en un momento de enfermedad temporal, me arrepiento profundamente y le ruego que acepte mi arrepentimiento y mi disculpa hasta que la vea de nuevo. En relación al dinero que estoy esperando, quiero transmitirle a ella que la cuenta que le debo... No estaba intoxicado cuando lo vi a usted, querido señor, sino demasiado pulverizado y amargado en mi corazón como para necesitar más estímulos: sufrí un desvanecimiento en el Talbot luego de verlo a usted, y otro más severo en el Co. del señor Crowthers, el hotel Commercial, cerca de Northgate”<sup>573</sup>. Sus desvanecimientos, las alucinaciones y varios colapsos, examinados años más tarde, fueron relacionados con síntomas de *delirium tremens* y con la consunción no detectada en ese momento.

Hasta esa fecha, las hermanas menores no habían recibido ni una libra de su editor. Aun así, Anne firmó con Newby el contrato de edición de *La inquilina de Wildfell Hall*, que iría a provocar —Newby no podía tener dudas después de haber leído el manuscrito— un alboroto mayor que el de *Cumbres Borrascosas*. El documento establecía que el autor no sólo no participaría en los gastos de producción sino que además recibiría veinticinco libras al momento de la entrega de los originales y otras veinticinco por los primeros doscientos cincuenta ejemplares vendidos. Aunque las condiciones de edición eran lastimosas en relación con las de Smith & Elder, Emily no cedió a las presiones de Charlotte para cambiar de editorial. Esta posición, como el secreto sobre su segunda novela, habla tanto del empeño de Charlotte por conducir los asuntos de sus hermanas como del de Emily de mantenerla al margen.

A finales de junio Newby anunció la publicación de *La inquilina de Wildfell Hall* con una serie de avisos que sugerían, en palabras

deliberadamente confusas, que su autor era el mismo de *Jane Eyre*. (“Los tres libros podrían ser obras de un mismo autor”; “La novela presenta una afinidad con *Jane Eyre*”; “Nos recuerda a *Jane Eyre*”<sup>574</sup>.) Fue un suceso rotundo, impensado. Charlotte, a pesar de la imparcialidad con que decía juzgar la obra de Anne, en su Nota Biográfica a la edición de 1850 aniquiló el libro: “La elección del tema fue una completa equivocación... Ella escribió bajo una extraña y medio ascética noción de cumplimiento de un severo deber”<sup>575</sup>.

Entretanto Charlotte se comprometía con Smith & Elder a publicar con ellos su próxima obra, *Shirley*, la editorial preparaba la segunda edición de *Jane Eyre*. Charlotte la dedicó a su héroe literario, William Makepeace Thackeray sin conocer, como todo Londres conocía, su tragedia privada. En 1840, después de cuatro años de matrimonio, la esposa de Thackeray había sido declarada insana y recluida en un hospital para enfermos nerviosos. La dedicatoria desencadenó un rumor que rápidamente se introdujo en los hogares de los lectores londinenses: el nombre de Currer Bell, se murmuraba, encubriría a una antigua gobernanta de la familia Thackeray, amante del escritor. Charlotte estaba espantada.

Las fábulas sobre los Bell, después de las habladurías sobre Thackeray, empezaron a impacientar a la prensa, que hacia fin de año llegó a acusar a los autores de groseros, vulgares y perniciosos. El Atlas deslizó que *Agnes Grey* era una copia vulgar de una novela de Jane Austen. A mediados de enero los críticos seguían confundiendo sus identidades y el asunto llegó a la cima cuando Newby vendió las primeras páginas de *La inquilina de Wildfell Hall*, la novela de Anne, a los Hermanos Harper de New York asegurando que su autor era Currer Bell. Entonces la Casa Smith & Elder se dispuso a actuar.

La mañana del viernes 7 de julio, nublada y lluviosa, Charlotte recibió una suspicaz esquila de George Smith: “Me gustaría poder contradecir la afirmación del señor Newby”. Aunque sospechaba que ella había acordado con Newby la venta de *El profesor* agregó, con una gentil falta de franqueza,

que “no creía en la afirmación del señor Newby”<sup>576</sup>.

Al leer la carta, Charlotte comprendió que sólo una “prueba ocular”<sup>577</sup> de que los Bell eran tres personas separadas podría desbaratar de una vez las artimañas de Newby. La prueba, sin duda, eran ellas mismas. Emily se opuso con determinación a la idea de presentarse ante el editor, que se debatió en sigilo durante toda la tarde. Antes del anochecer, cuando estaba por desatarse la tormenta, llegaron a un acuerdo.

A la hora del té Anne y Charlotte enviaron su equipaje a Keighley y luego emprendieron la caminata hacia la estación de tren, bajo una lluvia tempestuosa. Tomaron el vagón de segunda clase hasta Leeds y allí compraron dos tickets de primera clase para el tren nocturno a Londres. A las ocho de la mañana del sábado llegaron al Chapter Coffe House de Paternoster Row —“nuestro viejo lugar, Polly”<sup>578</sup>, escribió Charlotte con nostalgia a Mary Taylor—, donde se lavaron y tomaron un desayuno para volver a salir unos minutos después con destino a la calle Cornhill con una “extraña excitación interior”<sup>579</sup>.

Encontraron el número 65 en un barrio “tan bullicioso como el Stand”, donde se erigía la enorme librería de Smith & Elder. En camino hacia el mostrador se cruzaron con unos jóvenes de aspecto magnífico que no intimidaron del todo a Charlotte: “¿Puedo ver al señor Smith?”, preguntó al primer empleado que tuvo ante sus ojos. Él vaciló, las miró sorprendido un instante y desapareció tras una puerta, en el fondo del salón. Las jóvenes se sentaron a esperar, “mientras tanto mirábamos algunos libros de las estanterías del mostrador, publicaciones tuyas bien conocidas para nosotras, porque muchas de ellas nos las habían mandado como regalo”<sup>580</sup>.

En la pequeña oficina del señor Smith se produjeron las explicaciones sobre el señor Newby, “que fue anatematizado”<sup>581</sup>, siguió el largo relato de Charlotte a Mary Taylor, “me temo que con demasiada vehemencia”. El señor William Smith Williams, su afectuoso y casi íntimo corresponsal, hizo una

tímida aparición (“un pálido, apacible, encorvado hombre de cincuenta”) para asistir en silencio a la exaltación de su editor jefe: “¿Me permitirán presentarles a mi madre y mis hermanas? ¿Cuánto tiempo van a estar en la ciudad? Esta noche tienen que ir a la Ópera Italiana; deben ver la Gran Exhibición; el señor Thackeray va a estar encantado de conocerlas; ¡si el señor Lewes supiera que Currer Bell está en la ciudad quedaría mudo! Les voy a preguntar a ambos si quieren cenar en mi casa...”<sup>582</sup>. Aquí Charlotte tuvo que interrumpirlo para explicarle que si bien les agradaría mucho conocer al señor Lewes y aún más al señor Thackeray, sus identidades debían continuar permaneciendo en el secreto. Excepto ante sus editores, para el resto del mundo seguirían siendo los señores Bell.

A George Smith se le ocurrió entonces organizar una pequeña fiesta “de incógnito” donde las presentaría como sus “primas del campo”. La propuesta no podía ser más estrambótica y Charlotte la desechó de inmediato. También las invitó a hospedarse en su casa y ellas se rehusaron, desde luego. Ya se retiraban cuando él deslizó que llevaría esa noche a sus hermanas a Paternoster Row para presentarlas. El señor Smith y sus hermanas, imaginó ella, “nunca antes habrían visitado el sombrío y tenebroso hotel y las calles oscuras y estrechas de las cercanías”<sup>583</sup>.

Charlotte pasó el resto del día atormentada por una jaqueca y unos mareos que mejoraron después de tomar una fuerte dosis de sales volátiles, pero cuando los visitantes fueron anunciados no se sentía mucho mejor. El señor Smith, ropa de noche, guantes blancos, les presentó a dos jóvenes vestidas de gala (“ellas no sabían quiénes éramos nosotras”) con la intención de conducir las a la Ópera Real en ese mismo momento, algo que Charlotte y Anne no habían calculado. “No estábamos listas. Además no teníamos vestidos finos y elegantes ni allí ni en ningún lugar en el mundo, pero pensé que lo más sabio era no poner objeciones y guardar mi jaqueca en el bolsillo”. De modo que se ataviaron con sus vestidos “simples y provincianos” para subir al carruaje,

donde las esperaba el señor Williams vestido, él también, con un traje de noche. La escrupulosa cortesía del señor Smith con esas “insignificantes solteras”<sup>584</sup>, debe haber dejado perplejas a sus hermanas.

El extravagante grupo causó sensación. Conducida por el señor Smith, en un trance de excitación y deleite Charlotte, que no era una solterona, atravesó la alfombra roja del foyer bajo los destellos dorados de los caireles, rodeada de “distinguidas damas y brillantes caballeros que nos miraban con una leve, graciosa arrogancia”<sup>585</sup>.

Unos minutos después, conmovida por el esplendor de la escena, al subir por la escalera de mármol Charlotte apretó involuntariamente el brazo del señor Williams y le dijo, en un susurro: “Usted sabe que yo no estoy acostumbrada a este tipo de cosas”<sup>586</sup>. Entonces se corrieron las cortinas de terciopelo carmesí y la comitiva entró en el palco.

Al día siguiente el señor Williams las llevó a la iglesia y por la noche cenaron en casa de George Smith, en el elegante barrio de Paddington. Allí conocieron a su madre, una amable y bella viuda de cincuenta y un años que no se escandalizó al conocerlas, como apreció Charlotte. Bajo el nombre ficticio de “señoritas Brown”, al otro día fueron escoltadas a la Royal Academy y a la National Gallery, para comer de nuevo con George Smith y tomar el té en casa del señor Williams y su esposa. Durante la visita a los Williams, una de las hijas del poeta y crítico Leigh Hunt cantó una canción frente al piano para Anne y Charlotte, que debían estar en éxtasis. Antes de tomar el tren de vuelta en Euston fueron a confrontar a Newby. Si bien llevaron adelante su propósito de mostrar al editor que los Bell eran tres, o al menos dos personas diferentes, el anhelo de Charlotte de que sus hermanas se desvincularan de la firma no se cumplió. Es probable que Emily y Anne quisieran recobrar las cincuenta libras que habían invertido y, de paso, mantener distancia de la influencia de Charlotte.

Volvieron a Haworth el martes 11 de julio, exhaustas y cargadas de libros,

## obsequio de George Smith.

\* Balada escocesa compuesta por Robert Burns.

\*\* No coward soul is mine/ No trembler in the world's storm-troubled sphere/ I see Heaven's glories shine/ And Faith shines equal arming me from fear...”, EB, *The Compleat Poems*, London, Penguin Classics, 1992, p. 182. (Mi alma no es cobarde,/ ni tiembla en la atormentada esfera del mundo./ Veo las glorias del cielo brillar/ y la fe brilla igual, armándome contra el miedo...)

\*\*\* “...Pensaré que no existe un mundo más allá,/ hasta donde mis ojos cansados puedan ver,/ donde la Sabiduría se ría del Amor/ y la Virtud se doblegue ante la Infamia./ Donde, supliciado por los golpes del Destino,/ el pobre infeliz esté obligado a sonreír/ para equiparar su paciencia con su odio,/ aunque su corazón siga en rebeldía;/ donde el Placer conduzca como siempre al mal/ y la Razón impotente se canse de advertir en vano;/ donde la verdad sea débil y fuerte la Traición/ y la Alegría la senda más corta para el Dolor;/ y la Paz el letargo de la Aflicción,/ la Esperanza un fantasma del alma,/ la Vida, un esfuerzo vacío que dura poco,/ y la Muerte, ¡la déspota de todos!” “Qué límpida brilla...”. En: Winifred Gérin, *Emily Brontë*, Girona, Atalanta, 2008. Traducción de Ana Becciu.

\*\*\*\* *Nymphomaniac* (2013), dirigida por Lars von Trier y protagonizada por Charlotte Gainsbourg.

## CAPÍTULO XIV

### EL MUNDO INFERNAL

A comienzos de 1848 los rumores cada vez más insistentes sobre la identidad de los Bell comenzaron a ascender hasta las cumbres de Yorkshire. “Currer Bell no es conocido en este distrito y no tengo deseos de que lo comience a ser”<sup>587</sup>, había escrito Charlotte a sus editores el año anterior. Pero después del éxito de la segunda edición, ya no era posible ocultar las repercusiones de *Jane Eyre* en las cercanías de Ridding.

De modo que un día en que escuchó al empleado del correo preguntarle a su padre por el señor Currer Bell, Charlotte se aventuró a dar algunas explicaciones. Luego de responder que no había ninguna persona con ese nombre en la parroquia, el señor Brontë se retiró a su estudio. Charlotte entonces tomó un ejemplar de *Jane Eyre*, algunas reseñas de periódicos y entró al refectorio: “Papá, estuve escribiendo un libro”. “¿Sí, mi querida?” El clérigo continuó con la lectura del periódico. “Pero papá, quiero que mires esto.” “No puedo distraerme leyendo un manuscrito.” “Pero está impreso.” “Espero que no te hayas embarcado en ningún gasto tonto.” “Yo creo que voy a ganar algo de dinero con esto. Voy a leerte algunas reseñas.”<sup>588</sup>

Esa misma tarde, a la hora del té, el señor Brontë irrumpió en el salón: “Muchachas, Charlotte ha estado escribiendo un libro. Y creo que es mejor de lo que esperaba”<sup>589</sup>. El orgullo del padre, aun suavizado por su templanza irlandesa, lo impulsó a mostrárselo a uno de sus amigos clérigos cuyas hijas habían sido alumnas del colegio de Cowan Bridge.

A esa altura, *Jane Eyre* ya circulaba en el pueblo. Una tarde Charlotte vio a un anciano clérigo leyendo un ejemplar, y celebró en silencio sus exclamaciones al identificar a los personajes del reverendo Carus Wilson y la superintendente: “Yo me preguntaba si él podría reconocer los retratos, y me sentí gratificada al encontrar que lo había hecho, y por añadidura, que se pronunció sobre ellos con fidelidad y justicia. El clérigo Thomas dijo que el señor Carus Wilson ‘merecía el castigo que había tenido’ ”<sup>590</sup>.

La alegría del señor Brontë fue interrumpida abruptamente por una nota de Thomas Nicholson, propietario del Old Cock Inn de Halifax. La esquila, de mediados de junio, informaba al párroco que las cuentas impagas de Branwell se habían asentado ante la Corte y que se avecinaba un arresto. No hacía falta ser un lector de Dickens en la Inglaterra victoriana —y los Brontë lo eran— como para tener conocimiento de la prisión por deudas que imponían las leyes de la época. Branwell envió a su acreedor diez libras por medio de John Brown y la promesa de liquidar el resto con la ayuda del doctor Crosby: “Si él rehúsa mi oferta y me presiona con la ley yo estoy *arruinado*. Tuve cinco meses sin poder conciliar el sueño y con un violento resfrío y tos, pero además con una agonía de mente que me destrozó para siempre”<sup>591</sup>. Charlotte, que solía acusar a su hermano de autoindulgencia, no debe de haber leído las últimas líneas, que aluden a una intolerable desdicha mental y debilidad física. Otra vez, se lamentó ante Ellen: “Papá —y a veces todos nosotros— pasamos noches muy desdichadas por su causa. Duerme durante todo el día, y en consecuencia está despierto por las noches”<sup>592</sup>.

Pero Branwell no dejaba de trabajar en sus textos y de pensar en la publicación. Como Charlotte, él se sabía destinado a una vida literaria y siempre creyó que su primer llamado era ser poeta. En enero de 1848 escribió a Leyland una carta llena de lucidez: “Cuando me devuelvas el volumen del manuscrito que puse en tus manos (si es que puedes fácilmente reposar tus manos en él) incluye ese manuscrito llamado ‘Caroline’, que te he dejado hace

muchos meses”<sup>593</sup>. (Era aquel poema sobre la muerte de Maria: “Todo lo demás se presenta en blanco: el marzo doliente, el imponente desfile de desolación, la marcha bajo el arco del cementerio de la iglesia, la muchedumbre que se unía a la representación”<sup>594</sup>.)

Con todo, la notoriedad de *Jane Eyre* no pudo sino introducir ciertas notas de vivacidad en el presbiterio. Las cartas de felicitación de William Makepeace Thackeray y de las novelistas Julia Kavanag y Harriet Martineau no podían sino halagar a Charlotte y proporcionar cierto alivio a su pesadumbre habitual. El famoso crítico G. H. Lewes le aconsejó “cuidarse del melodrama” y le sugirió la lectura de Jane Austen, que no le gustó. Las largas cartas del señor William Smith Williams, su nuevo, inteligente y atento corresponsal, los periódicos con las reseñas de los libros de los Bell y los paquetes de libros que le enviaba el señor Smith eran apenas unas ligeras, aunque contundentes, señales de la atmósfera de solicitud y protección que la rodeaba ahora, en su calidad de autora. Charlotte agradecía al señor Williams la frecuencia de sus cartas: “Puedo darle sólo una somera idea del placer que me causan: ellas introducen luz y vida en el aletargado retiro donde vivimos adormilados”<sup>595</sup>. En vez de esperar, como de costumbre, a que los libros que deseaba leer llegaran a las bibliotecas circulantes de Keighley, o que no llegaran nunca, ahora tenía acceso a la literatura recién publicada. Abrumada por tal cantidad de obsequios, se ofreció a devolver los volúmenes luego de haberlos leído: así, a partir de entonces los envíos de paquetes entre la calle Cornhill y Haworth se convirtieron en periódicos.

Mientras Charlotte se quejaba a Ellen de la conducta oprobiosa de Branwell, que teñía de desventura la vida familiar, llegaban noticias de Thorp Green a través de las antiguas discípulas de Anne, Elizabeth y Mary Robinson: “Pobres muchachas, ellas lamentan el comportamiento de su madre”<sup>596</sup>. Charlotte quiso explicar la conducta de la antigua amante de Branwell como “una mezcla de debilidad, perversión y engaño”, pero al enterarse de que ella

estaba aguardando la muerte de Lady Scott, por entonces moribunda, para tomar su lugar como esposa de Sir Scott, primo de su esposo, le escribió a Ellen “no creo nada de lo que ella dice”. En una carta a Anne, Elizabeth y Mary le adelantaron los planes de la señora Robinson, que en parte se cumplieron a los seis meses, al morir Lady Scott. ¿Habría recordado Branwell, en su desesperación, el codicilo apócrifo del testamento del señor Robinson que impedía a su viuda volver a casarse? Entretanto, la señora Robinson le seguía enviando dinero por intermedio del doctor Crosby, que Branwell se apresuraba a gastar en la botica y en el Toro Negro u otras tabernas. Los ataques desenfrenados de violencia, los llantos, temblores, delirios y alucinaciones, le debieron más a su dependencia del alcohol que a la del opio, se decía.

La adaptación de *Jane Eyre* al teatro convirtió el éxito en popularidad: con el título *Jane Eyre. The Secrets of Thornfield Manor*, se montó en el Victoria Theatre de Londres. Luego de declinar la invitación al estreno, Charlotte no dudó ni por un momento de que la obra significaría una vulgarización de su libro. Pero le ofrecieron traducirlo al francés y Smith & Elder le envió un cheque por cien libras.

La tercera edición le trajo nuevos inconvenientes. Los rumores sobre las identidades y género de los Bell rondaban las tertulias, ávidas de novedades, de los círculos de sus antiguas condiscípulas de Roe Head: en Birstall y Gomersal las ambiciones literarias de Charlotte y su experiencia en el colegio para hijas de clérigos eran muy conocidas. Acosada por sus amistades, y con la sospecha casi cierta del nombre del autor, Ellen interrogó a su amiga. La respuesta de Charlotte del 28 de abril de 1848 fue fría y mentirosa: “Yo no he dado a nadie derecho de afirmar o insinuar, de la más remota manera, que soy ‘publicada’. Quienquiera que lo haya dicho —si alguien lo hizo, lo cual dudo— no es amigo mío... La más profunda oscuridad es infinitamente preferible a la vulgar notoriedad. Y esa notoriedad yo no la he buscado ni va a venir. Si

entonces cualquier birstaliano o gomersaliano podría presumir de aburrirte con el tema —preguntarte qué ‘novela’ ha ‘publicado’ la señorita Brontë—, tú puedes simplemente alegar, con la distante firmeza que, cuando quieres, manejas a la perfección, que estás autorizada por la señorita Brontë a decir que ella repele cada acusación al respecto. Puedes agregar, si lo deseas, que si alguien es su confidente eres tú, y que a ti no te ha confesado nada”<sup>597</sup>.

Charlotte estaba en una posición ambigua, presionada en un sentido por Emily, en pos de la conservación del hermetismo del secreto, y, en otro, por su fidelidad hacia Ellen. Con habilidad, en la carta no niega ser la autora de *Jane Eyre*, sino que rechaza habérselo comunicado. La mentira cobraba relieve por el hecho de haberle confesado la verdad a Mary Taylor, a quien, además, le había enviado por correo ejemplares de *Jane Eyre*, *Agnes Grey* y *Cumbres Borrascosas*.

Mary Taylor, la amiga aventurera e intelectual, a quien Charlotte contó intimidades y pensamientos que escamoteó a Ellen en su correspondencia, mantuvo el secreto y fue mucho más allá: en un exceso de precaución quemó todas sus cartas. Desde Nueva Zelanda criticó *Jane Eyre* (“No creo en St. John Rivers... Sólo tu absurda caridad puede crear un personaje como él”<sup>598</sup>) y calificó a *Cumbres Borrascosas* como “una cosa extraña” luego de recibir los ejemplares. Además, hizo agudas críticas sobre la obra de Anne y le contó sus proyectos literarios y ensayísticos.

La circunstancia de que varios años después, en 1854, Mary quemó toda la correspondencia de Charlotte cuando ella se lo pidió, y que Ellen no lo haya hecho, aunque también se lo había pedido, indica que Charlotte no había estado equivocada al juzgar la reserva de cada una. La reconstrucción de la vida de la familia Brontë se hizo sobre los cimientos de la correspondencia —piadosa, conservadora, doméstica, casi una nómina de enfermedades y dolencias nerviosas— de las seiscientas cartas que conservó Ellen Nussey.

“Cuando vi por primera vez a Ellen no me sentí atraída por ella. Éramos tan

distintas... Nos adaptamos mutuamente y encajamos... Ella es una chica de Yorkshire bien alimentada... Pero no entiende el Romanticismo. Si intenta leer poesía o prosa poética en voz alta, me enfado y le arrebató el libro... Pero es buena, es sincera, leal y la quiero.”<sup>599</sup>

La carta de Charlotte a Mary con el relato de la “visita pop”, como llamó Mary Taylor a la irrupción de Charlotte y Anne en la calle Cornhill el 8 de julio, revela la calidad del material biográfico perdido. Sin embargo, las “Reminiscencias...” que escribió Ellen, publicadas en 1871 en el *Scribner’s Monthly* de Nueva York, se convirtieron en fuente fundamental de toda biografía posterior y fueron cruciales en la construcción de la personalidad de escritora de Charlotte.

Después de la visita a Londres, la verdadera identidad de los hermanos Bell era sólo conocida por tres editores (Newby, además de Smith y Williams), Mary Taylor, el señor Brontë y, es probable, Branwell. Según Daphné du Maurier, Branwell no sólo conocía los libros de sus hermanas sino que discutió sobre ellos con George Searle Phillip, un escritor y editor del *Time* de Leeds en un salón privado del Black Bull. “Con los ojos brillantes y unas maneras que mostraban un gran entusiasmo, (Branwell) describió algunos de los personajes de las novelas y habló mucho de sus hermanas, especialmente de Charlotte, cuya celebridad, dijo, había atraído más extranjeros al pueblo que nunca antes.”<sup>600</sup>

Es posible que la autorización para contar el secreto a Mary Taylor haya sido la máxima concesión que Charlotte haya logrado arrancar a Emily. El asunto tuvo que haber sido calurosamente discutido y Charlotte no debía de estar en condiciones de pedir más. Un mes después de las aseveraciones de Charlotte, de visita en la casa de su hermano John en Londres, Ellen se topó con un ejemplar de *Jane Eyre*. Desde la primera página “era como si Charlotte estuviera presente en cada palabra, su voz y su espíritu vibrante, a través de cada una de ellas”<sup>601</sup>. Otra vez inquirió a su amiga, que le respondió: “Tu

ingenuidad pidiendo mi opinión sobre la ‘última nueva novela’ me divierte: nosotros no estamos suscriptos a ninguna biblioteca circulante en Haworth y consecuentemente ‘nuevas novelas’ raramente aparecen por aquí y consecuentemente —de nuevo— no estamos calificados para dar opiniones”<sup>602</sup>. Pero los Bell estaban cercados. La tercera edición les puso fecha de defunción mientras Branwell, al parecer, daba su particular versión sobre la autoría de las obras. Según su biógrafo y amigo Francis Grundy, “Patrick [Branwell] Brontë declaró ante mí, y lo que su hermana dijo corrobora la aserción, que él escribió una gran parte de *Cumbres Borrascosas*”<sup>603</sup>.

Por su parte Joe Taylor, el hermano de Mary, organizó una excursión a Haworth con su primo y la prima de éste, un día húmedo y ventoso, con la intención evidente de descubrir a Charlotte y con la excusa de indagar sobre el pensionado de madame Heger. “Nada de importancia en ningún sentido fue dicho en todo el tiempo”<sup>604</sup>, escribió Charlotte a Mary: había detectado que el astuto Joe (“por curiosidad o por capricho”) había adivinado el secreto.

La respuesta de Charlotte a una carta del señor Williams que no se conserva, en la que él debió de haber mencionado a las tres hermanas con sus nombres verdaderos, devuelve la imagen de una Emily seriamente alarmada o colérica: “Permítame pedirle la precaución de no hablar de mis hermanas cuando me escriba. Quiero decir no use la palabra en plural. ‘Ellis Bell’ no desea ser aludido bajo otra apelación que bajo su *nom de plume*. Yo cometí un gran error en descubrir su identidad ante usted y el señor Smith —fue inadvertidamente—. La frase ‘Somos tres hermanas’ se me disparó antes de que pudiera darme cuenta. Me arrepiento de la confesión que se me escapó en ese momento; me arrepiento amargamente ahora, porque comprendo que es algo en contra de cada sentimiento e intención de Ellis Bell”<sup>605</sup>. Charlotte temía a Emily, tal cual había notado en Bruselas el profesor Heger.

Aunque aún había confusiones, muchas críticas a *La inquilina de Wildfell*

*Hall* remarcaron la diferencia entre Acton y Curren. El mismo día de la visita pop un crítico de *The Spectator* acusó a Acton Bell de “desagradable y repulsivo”<sup>606</sup> y de profesar “un mórbido amor por lo grosero, por no decir lo brutal”. El mismo crítico aludió a “la grosería del tono de todos los Bell, que ponen un tema ofensivo en el peor punto de vista posible”<sup>607</sup>. Pero si bien el *Athenaeum* señaló que “los Bell deben ser alertados acerca de su capricho por habitar lo repulsivo” dio su “honesto recomendación de *Cumbres Borrascosas* como la más interesante novela que hemos leído el mes pasado”<sup>608</sup>. Como si las críticas no fueran más que justificaciones para admitir que una voz nueva había irrumpido en Inglaterra, una voz coral que perturbó a los críticos y apasionó a los lectores. El inmenso botín que el apellido Bell significó para los editores tocó con su varita también a los *Poems*, ese primo pobre que había precedido a las novelas, cuando la editorial Smith & Elder compró el stock existente y se mostró dispuesta a reeditarlo.

La tercera semana de septiembre llegó a Haworth una visita para Branwell: Francis Grundy, el ingeniero y viejo amigo de las parrandas de Luddenden Foot, ulterior biógrafo, ordenó una cena para dos en una sala privada del Toro Negro y mandó un mensaje a la rectoría para avisar su llegada. Luego de un rato “la puerta se abrió cautelosamente y una cabeza apareció. Era una masa de pelo roja, desaliñada y larga que flotaba salvajemente alrededor de una portentosa y demacrada frente; las mejillas amarillas y ahuecadas, la boca caída, los labios finos y blancos no temblando sino castañeteando, los ojos hundidos, resplandecientes por la luz de la locura...”<sup>609</sup>. Branwell, en un delirio, había imaginado que el mensaje era una llamada de Satán y llevaba su trinchete escondido bajo la manga, dispuesto a acuchillar al enviado. Pero la voz del viejo amigo lo tranquilizó un poco y aceptó un coñac caliente, aunque Grundy lo notó atemorizado. Branwell murmuró algo sobre “dejar una cálida cama para salir a la noche fría” pero aceptó otra copa y luego le confesó que esperaba ansiosamente la muerte. La deseaba, y se sentía feliz porque la

presentía muy cercana “y declaró que esa muerte era debida a su amor desgraciado por la señora Robinson”<sup>610</sup>. Al partir, Grundy lo dejó parado en el camino, con la cabeza descubierta y lágrimas en los ojos. Su figura, consumida y enjuta como la de Don Quijote, estaba inclinada en una elegante reverencia.

Dos o tres días después salió a la calle rumbo al pueblo pero tuvo que volver en seguida, al borde del desmayo y con dificultades para respirar, conducido por William Brown, el hermano de su amigo John. Al día siguiente, el párroco llamó al médico de Haworth, John Wheelhouse, que luego de examinarlo comunicó a la familia que moriría en pocas horas.

Charlotte estaba estupefacta. No había sido tanto el aluvión de cartas, reseñas y obsequios como sus prevenciones sobre la depravación, el alcoholismo y los efectos narcóticos del opio las que habían enmascarado, de algún modo, la enfermedad de su hermano. Ningún miembro de la familia había conjeturado la posibilidad de su muerte.

Más adelante ella dijo que “un propicio cambio marcó los últimos pocos días de la vida del pobre Branwell... La calma de buenos sentimientos llenó su mente” y retornó “su afecto natural, que marcó sus últimos momentos”<sup>611</sup>. En su última noche, se quedó un rato a solas con John Brown y habló de “su vida malgastada, su juventud desperdiciada y su vergüenza, con compunción”<sup>612</sup>. Parecía “inconsciente de haber amado a alguien fuera de su familia, por la profundidad y ternura de cuyo afecto no tenía palabras para expresar”. Hacia el final de la visita tomó la mano de John Brown y exclamó: “¡Oh John, me estoy muriendo! ¡En toda mi vida pasada no he hecho nada grande ni bueno!”<sup>613</sup>. Luego Brown dijo que cuando su amigo llamó a su familia, nadie fue a su lado, pero esa parte del relato fue desestimada.

Murió a las nueve de la mañana del domingo 24 de septiembre, después de decir “Amén”<sup>614</sup> al escuchar una plegaria de su padre. Charlotte, parada junto a la cama con sus hermanas\*, le escribió al día siguiente a Williams, que no

era ya sólo su editor sino su amigo y confidente: “Cuán inusual sonó esa palabra en sus labios —desde luego usted, que no lo conoció, no puede concebirlo”<sup>615</sup>. Estaba rodeado por los brazos de su padre. El doctor Wheelhouse certificó la causa como bronquitis crónica-marasmo, aunque los hechos que sobrevinieron no dejaron duda de que había sido afectado por la bacteria de la tuberculosis que se estaba propagando en el pueblo. La tuberculosis pulmonar, o tisis, o consunción, puede permanecer dormida durante años, hasta que es activada o agravada por otras infecciones. La de Branwell pudo tratarse de la misma tisis que abatió a Maria y a Elizabeth a los diez y once años. Él tenía treinta y uno.

Más tarde los detalles macabros de su muerte, las convulsiones que lo sacudieron desde la cabeza a los pies, el color amarillento de su rostro, el cortejo fúnebre, todo fue escarbado con sevicia y examinado y pontificado. A partir de esa muerte, la biografía de la familia no parece sino un catastro de reverberaciones de la tos, grados de vahídos, coloraciones de la lividez, últimas palabras, ritos mortuorios, crespones negros, funerales, sepulturas.

“Cuando la lucha terminó, empecé a sentir como nunca antes había sentido que había paz y perdón para él en el Cielo. Todos sus errores —para hablar simplemente—, todos sus vicios parecían nada para mí en ese momento; cada equivocación que había cometido, cada pena que había causado, se desvanecieron; sólo sus sufrimientos fueron recordados, sólo la inmensidad del afecto fue sentida. Él descansa, y eso nos conforta a todos nosotros desde mucho antes de que él dejara este mundo. La vida no le dio felicidad”<sup>616</sup>, escribió Charlotte a Williams. Pero no era cierto. Branwell había experimentado la alegría, la libertad y el amor que ella misma no había conocido, al menos no en ese punto de éxtasis y desenfreno. Charlotte tuvo que enterrar, en el mismo paño mortuario que envolvió a Branwell, nuevos resentimientos: “A mi pobre Padre naturalmente le importa más su único Hijo que sus hijas, y ha sufrido por su causa mucho y por mucho tiempo. Lloró por

su pérdida como David por su Absalón: ‘¡Mi hijo! ¡Mi hijo!’ Y se rehusó, al principio, a ser confortado”<sup>617</sup>. Ella, que amaba y aborrecía a su hermano con igual fervor, no pudo sostenerse en pie a la hora de su muerte. Esa misma mañana dejó de comer y tuvo que recluirse en la cama, decaída por la jaqueca, mareos y una intensa fiebre biliar, además de insomnio. Cuatro días más tarde, el jueves 28, la familia condujo el cuerpo por el camino que atravesaba el cementerio hasta la iglesia. Emily y Anne se ocuparon del funeral, las cartas y el té que se acostumbraba a ofrecer después de la sepultura, ya que Charlotte no se había repuesto. El nombre de Branwell, inscripto en la placa situada en la pared este de la iglesia junto al de su madre, tía y hermanas, fue grabado por su amigo John Brown, el sacristán.

Una semana después del funeral Charlotte aún sufría de insomnio: “Mis noches fueron horribles y las experiencias impresionantes al despertar eran de tal tenor que no puedo ponerlas en palabras”<sup>618</sup>. Pasó esas tardes sentada en la sala, “contraída de frío frente al fuego, contraída por el viento del este (que algunos días ha estado soplando salvajemente sobre nuestras colinas) e incapaz de tomar un lápiz para escribir algo más que unas pocas líneas a un amigo indulgente”<sup>619</sup>. Otra vez, la familia entera enfermó de gripe, y Charlotte, atenta al menor síntoma, acentuó la preocupación por su propia salud. Pero a fines de octubre la persistente tos de Emily puso sobre aviso a toda la casa parroquial. “Temo que ella tenga dolor en el pecho —y le falta la respiración después de cada movimiento rápido. Se ve muy, muy delgada y pálida. Su naturaleza reservada ocasiona una gran inquietud en mi mente —es inútil preguntarle algo, no se obtiene respuesta, y aún más inútil recomendarle remedios: no los tomará. No puedo dejar de notar la gran delicadeza de la constitución de Anne. El último triste acontecimiento me hace sentir más aprensiva que de costumbre...”<sup>620</sup>

Con la intención de entretener a sus hermanas, que la escuchaban sentadas en el salón, una tarde de noviembre Charlotte les leyó en voz alta la crítica de

*North American Review* sobre *Cumbres Borrascosas*, que describió a Ellis como un “despilfarrador de malicia y profanidad”. El crítico calificó al libro como fruto de “pesadillas y sueños, a través de los cuales la danza de los demonios y los aullidos de los lobos hacen malas novelas”<sup>621</sup>. También leyó la reseña de *Sharpe’s London Magazine*, que declaró su intención de advertir a los lectores, especialmente a las damas lectoras, contra la tentación de leer *La inquilina de Wildfell Hall*. En una carta a Williams Charlotte describió la escena de la lectura: “Como yo estaba sentada entre ellas ante nuestro silencioso, pero ahora de alguna manera melancólico fuego, estudié a los dos feroces autores. Ellis —el ‘hombre de talento poco común pero brutal, obstinado y perverso’, estaba sentado en su silla acompasando su respiración agitada como podía, luciendo pálida y devastada— si no se rió, sonrió, entre divertida y enojada, mientras escuchaba. Acton estaba cosiendo, sin dejar ver su emoción, sólo sonrió... al escuchar su temperamento tan oscuramente retratado. Yo espero que el crítico que parece creerse tan sagaz hubiera visto lo que yo vi. ...También se dijo que *Jane Eyre* fue escrito en colaboración y que llevaba la marca de más de una mente y un sexo”<sup>622</sup>.

El texto sugería que los Bell podrían ser un marido y una esposa, o un hermano y una hermana. Pero en algo el crítico de *North American Review* estaba en lo cierto: la moralidad está muy alejada de *Cumbres Borrascosas*. Y además, ¿qué clase de moralidad rige la obra de Emily, la más genial de los hermanos Brontë? \*\* Su religión privada, apropiada para Heathcliff, cuyo nombre alude al brezo salvaje del acantilado y a los precipicios, no comulga en absoluto con la de la Iglesia de Inglaterra: “Vanos son los innumerables credos/ Que anidan en el corazón de los humanos, indeciblemente vanos;/ Inútiles como semillas marchitas,/ Vacuas espumas en la corriente infinita...”<sup>623</sup>. Su religión comulgaba más con el espíritu del pintor prerrafaelita Dante Gabriel Rossetti, que escribió un texto asombroso sobre *Cumbres Borrascosas* con una mención a la poeta Elizabeth Barret Browning

y otra a la sadopartera asesina Elizabeth Brownrigg, colgada en la horca de Tyburn en 1767: “Es un demonio de libro, un increíble monstruo, que combina todas las tendencias femeninas más poderosas desde la señora Browning hasta la señora Brownrigg. La acción transcurre en el Infierno, sólo que los escenarios y personajes tienen nombres ingleses”<sup>624</sup>.

En esos días Anne recibió nuevas cartas de sus antiguas pupilas, Elizabeth y Mary Robinson, con las novedades de los compromisos y matrimonios planeados por su madre. El 8 de noviembre, a menos de dos meses de la muerte de Branwell, su antigua amante se casó con Sir Edward Scott: “Ella es Lady Scott ahora. Sus hijas dicen que está en el más alto espíritu”<sup>625</sup>. Más personaje balzaciano que brontëano, Lady Scott fue descrita por la señora Gaskell como “...la desdichada mujer que no sólo sobrevive sino que figura en los círculos alegres de la sociedad londinense como una elegante, vivaz y floreciente viuda...”<sup>626</sup>.

En diciembre las dos muchachas Robinson visitaron la rectoría, pero antes tomaron la precaución de preguntar si su carruaje podría subir la colina del pueblo: “Les dijimos ‘sí’ porque pensamos que, si lograban trepar el precipitado recodo, no irían a intentar el experimento nuevamente”<sup>627</sup>.

Las visitas (“unas atractivas y bellas jóvenes”, escribió Charlotte a Ellen) “parecían llenas de alegría de ver a Anne; cuando entré en la sala no se desprendían de ella, la rodeaban como dos niñas. Ella, entretanto, se mantenía perfectamente silenciosa y pasiva. Sus maneras evidenciaban más frivolidad y ligereza que pretensión o pomposidad”<sup>628</sup>. Las antiguas discípulas de Anne deben de haber evocado en Charlotte su reciente lectura de *Orgullo y prejuicio*, y en ese sentido sus maneras no podían ser más ejemplares. No le había gustado Jane Austen, y cuando leyó *Emma*, dos años más tarde, reafirmó su primera impresión al considerar que “las pasiones son completamente desconocidas para ella”<sup>629</sup>. Su punzante mirada sobre las muchachas Robinson, además, no podía olvidar a Branwell.

Las frecuentes cartas del señor Williams, las reseñas disparatadas o el cheque de cien libras por la tercera edición de *Jane Eyre*, que seguía vendiendo de un modo sorprendente, no fueron tan bienvenidos como un envío de libros de George Smith: “No podría haber conferido un beneficio mayor a mi querida hermana Emily, que en este momento está demasiado enferma como para escribir o hacer cualquier cosa excepto leer. Ella sonrió cuando le dije que el señor Smith nos había enviado más libros: estaba complacida”<sup>630</sup>.

La alegría de abrir los paquetes y descubrir los libros distrajo un rato a Emily de su terquedad en negarse a tomar medicinas o ver a un médico. El 23 de noviembre Charlotte escribió a Ellen: “Yo creo que si tú la vieras tu impresión sería que no hay esperanzas: semblante más hundido, pálido y desencajado nunca he visto. La tos seca y profunda continúa, la respiración tras un mínimo esfuerzo es un jadeo, y los dolores en el pecho y el costado. Su pulso, la única vez que permitió que se lo tomara, era de 115 pulsaciones por minuto”<sup>631</sup>. Ellen se ofreció a viajar de inmediato, pero Emily no lo permitió: ni siquiera aceptaba que sus hermanas la ayudasen a caminar o vestirse; Williams le envió un libro de homeopatía, que Emily leyó, pero se rehusó a seguir ningún tratamiento; el señor Smith sugirió enviarles (“en forma anónima”) al doctor Epps, “el más eminente médico de Londres”<sup>632</sup>. Charlotte preparó un informe con los síntomas y se lo envió, pero las indicaciones, que tardaron en llegar, no fueron aceptadas por Emily. “Ningún médico envenenador”<sup>633</sup> iría a acercarse a ella. Si Charlotte la había calificado de “estoica en la enfermedad”<sup>634</sup>, la señora Gaskell calificó su comportamiento como “la verdadera esencia del más severo egoísmo”<sup>635</sup>, pero antes de publicar la biografía tachó este comentario. Mientras su padre se mostraba abatido y “sacudía su cabeza al hablar de otros miembros de nuestra familia con enfermedades similares, que le impedían albergar esperanzas”, Anne y Charlotte empezaban a descreer en su recuperación. “Creo que Emily es lo más próximo a mi corazón en este mundo.”<sup>636</sup>

En la tarde del 18 de diciembre Charlotte le leyó uno de los ensayos de Emerson que George Smith le había enviado en el último correo. Esa noche insistió en alimentar a los perros, Keeper y Flossy, como era su costumbre. Pero al atravesar el pequeño pasadizo de piedra que unía la cocina con la puerta exterior se tambaleó, a un punto del desmayo. Al día siguiente, al ver su rostro, Charlotte comprendió que estaba agonizando. Emily intentó ponerse el vestido mientras impedía a Charlotte y a Martha Brown que la ayudaran, y con la respiración ronca y jadeante tomó su trabajo de costura. Tenía los ojos vidriosos: “Si quieres llamar a un médico, lo veré”<sup>637</sup>. Charlotte fue al páramo a buscar una ramita de brezo y buscó desesperada entre las flores marchitas, hasta que encontró una entre los pequeños huecos y grietas resguardados del frío. Pero ella no pudo reconocerla, con los ojos empañados e indiferentes. Murió a las dos de la tarde.

Más sanguinaria que víctima, en los últimos instantes Emily se resistió a la muerte con ferocidad y vehemencia: “No puedo olvidar el día de la muerte de Emily, vuelve a mí como una idea recurrente, más oscura que nunca: fue terrible, ella se tornó consciente, anhelante y resuelta a no abandonar su vida feliz”<sup>638</sup>, relató más adelante Charlotte. Su poesía genial, que dominaba delicadamente los ritmos, las asonancias y las rimas, pero sobre todo la unión de la sonoridad y del sentido, blasfemaba:

*¿Qué importantes secretos revelan los montes solitarios?*

*Gloria y aflicción inenarrables.*

*La Tierra, al despertar el corazón humano,  
une ambos mundos, el Cielo y el Infierno.*<sup>639</sup>

Menos de tres meses después de asistir al cortejo de Branwell, Keeper siguió al de Emily por el camino del cementerio y entró en la iglesia: nadie se atrevió a echarlo durante la lectura del servicio fúnebre. Cuando volvió a la

casa, se echó junto a la puerta del cuarto de Emily y aulló durante varios días\*\*\*. Anne languideció esa misma semana y así concluyó el maldito 1848.



Las fricciones de vinagre caliente que Charlotte se aplicó con dedicación durante todo el invierno intentaron aplacar menos sus dolores de pecho que la incertidumbre sobre el destino de los sobrevivientes. ¿Quién sería el próximo? En pocos días, la debilidad de Anne la obligó a olvidarse de ella misma, aunque la escritura de una nueva novela, *Shirley*, la distraía por momentos.

Llamaron al mejor médico de Leeds en los primeros días del nuevo año, mientras estaba Ellen de visita. Una vez que el doctor Teale se retiró, después de examinar a Anne, el señor Brontë se acercó al diván donde ella reposaba y le susurró con inusual dulzura: “Mi querida pequeña Anne” con tal emoción y desesperanza que Charlotte entendió que la muerte los acechaba, otra vez.

Ahora estaba más al tanto de la naturaleza de la tuberculosis y empezó a sospechar que la enfermedad se cernía sobre la familia desde mucho atrás:

“Como ninguno de nosotros poseía una salud robusta, no advertimos la gradual aproximación de la enfermedad; no conocíamos los síntomas; la tos seca, la pérdida de apetito, la tendencia a resfriarse ante la menor variación del clima siempre fue vista como algo común. La veo con otra luz ahora”<sup>640</sup>.

El invierno transcurrió “como un tren funerario”<sup>641</sup>, pero cuando Anne se sentaba en la silla mecedora de Emily junto al fuego para leer los libros que les enviaba el señor Smith, pese al dictamen de los médicos las esperanzas por su recuperación volvían. En febrero estaba mejor: la fiebre había bajado y Charlotte, aliviada, mandó a Williams el primer volumen de *Shirley*. Pero a mediados de marzo declinó de nuevo.

La impotencia de no haber podido proporcionar un médico ni remedios a Emily se convirtió en un cuidado obsesivo con Anne, tan dócil y amable. Charlotte sentía cierto consuelo en pensar que estaba cuidándola con todos los recursos a su alcance. No sintió con Anne, como con Emily, le escribió a Williams, la agonía de ser forzada a dejarla en un total abandono. Además de permitir que le aplicaran un vejigatorio similar al de Maria en Cowan Bridge, Anne tomó tónicos de hierro y siguió las prescripciones del doctor Forbes: no alentar esperanzas y beber aceite de hígado de bacalao, que olía “como aceite de tren”<sup>642</sup>.

El médico había señalado los beneficios del aire de mar y sus efectos reconstituyentes en los primeros estadios de la consunción y Anne propuso ir a Scarborough, adonde había viajado como institutriz de las niñas Robinson, un sitio que adoraba. Situado en el ventoso y frío Mar del Norte, Scarborough no parecía un lugar apropiado para curarse de la consunción: el manual de medicina doméstica que solía consultar el señor Brontë, en cambio, aconsejaba el balneario materno: “Es bien conocido que muchas personas enfermas gravemente de consunción se han recuperado perfectamente después de una larga estancia en Penzance”\*\*\*\*. Tal vez porque Cornualles estaba muy alejado y el traslado podía resultar accidentado y costoso, nadie lo mencionó.

Charlotte se opuso al viaje a Scarborough alegando la debilidad de la enferma, los rigores del clima y las dificultades del viaje en su estado. Anne insistió y en un gesto de protección, o no, Charlotte hizo caso omiso al pedido. Pasaron las semanas hasta que a fines de marzo el señor Brontë declaró que sus asuntos no le permitían dejar la rectoría. Charlotte se sintió “consecuentemente obligada”<sup>643</sup> a permanecer a su lado, algo absurdo, desde luego. Anne, con desusada insistencia, escribió calladamente a Ellen y le pidió que la acompañara. Tenía en su poder un legado de doscientas libras de su madrina Fanny Outhwaite, que había muerto poco antes.

“No tengo horror a la muerte: si pienso que es inevitable podría resignarme quietamente con la esperanza de que usted, querida señorita Nussey, podría ser una hermana para Charlotte en mi lugar. Pero tal vez Dios desee no llevarme todavía consigo, no sólo por el beneficio de papá y Charlotte, sino porque crea que aún puedo hacer algo bueno en el mundo. Tengo muchos planes en mi cabeza para el futuro —humildes y limitados— pero aun así tengo esos pequeños propósitos...”<sup>644</sup>

Ellen introdujo esta carta dentro de un sobre y se la envió a Charlotte, que le contestó: “Es suficientemente conmovedora, como tú dices”<sup>645</sup>. Pero semanas después continuaban todos en Haworth junto al párroco. El adjutor, Arthur Nicholls, ofreció trasladarse a la rectoría para quedarse a su lado, pero él rehusó la oferta. A medida que pasaban los días, Anne enflaquecía. Para mediados de mayo estaba aún más delgada que Emily y apenas podía subir las escaleras. Pasaba el día en un “estado de semi-letargia”<sup>646</sup>, escribió Charlotte a Margaret Wooller. Era demasiado tarde para esperar que el viaje al mar pudiera curarla, pero no para cumplir su anhelo. El médico, según registra una anotación al margen de *Medicina Doméstica Moderna* con la letra del señor Brontë, había recomendado que viajara a Scarborough en mayo, pero tuvieron que pasar unos días más hasta que el mismo párroco sugirió que fueran sin él. La compañía de Tabby y Martha Brown, adujo, sería suficiente para él.

Ellen se ofreció a acompañarlas. El miércoles 23 de mayo tomó el tren hasta Leeds y esperó a sus amigas, según habían convenido, sentada en un banco de la estación. Pero con el pasar de las horas se fue llenando de una inquietud que devino en espanto ante la llegada de dos trenes que transportaban ataúdes. Llena de aprensión, asistió al traslado de los féretros hasta las carrozas fúnebres que los aguardaban en la entrada de la estación. Le pareció un mal presagio.

Al día siguiente viajó a Haworth y se encontró con que el decaimiento de Anne les había impedido partir el día anterior, pero se decidieron, de todas maneras, a salir ese mismo jueves. Luego de un viaje sin contratiempos, pasaron la noche en York, donde Anne quiso visitar la catedral de Munster: “Si el poder terrenal puede hacer esto... ¿qué no podrá?”<sup>647</sup>, murmuró, y se emocionó tanto, contó Ellen, que fue conducida a la habitación del hotel George en estado de exaltación mística, como una monja o una santa, mientras “juntaba sus manos y elevaba los ojos en silenciosa acción de gracias”, para luego “decir sus plegarias de rodillas”<sup>648</sup>.

La noche del viernes, ya en Scarborough, se registraron en Wood’s Lodgings n° 2. The Cliff era el viejo hotel donde se solían hospedar los Robinson, uno de los mejores establecimientos de la ciudad. Les dieron un gran salón y una habitación aireada y amplia, con cama doble y vista al mar, por una libra y media a la semana.

La visión del mar y la arena hicieron revivir a Anne con tal alegría y entusiasmo, escribió luego Ellen, que ella y Charlotte confiaron en que el aire marítimo le devolvería la salud. El legado de la madrina, dijo Charlotte, no podría haber sido mejor empleado que en ese intento de prolongar o restablecer la vida de su hermana. El sábado Anne insistió en ir sola a los baños, y hasta condujo un carro tirado por un burro sobre la arena, e instó al muchacho que lo cuidaba a tratarlo con bondad. El domingo por la tarde, sentada en un banco sobre la playa, quiso quedarse sola mirando el puente en

el medio de la bahía, una visión de acantilados sobre el mar que la transportaba. Tomaron café y limonadas, compraron naranjas, pero Anne estaba exhausta. Más tarde, en la habitación, observó el crepúsculo sentada en una silla situada frente al océano, donde “el castillo del acantilado se alzaba con toda su gloria dorado por los rayos del sol poniente”<sup>649</sup>, escribió Ellen, tratando de ponerse a la altura de la lírica de sus amigas.

Esa noche Anne presintió la llegada de la muerte, aunque para Charlotte y Ellen ya era una certeza, y con ese aire de virgen o mártir que de algún modo la acompañó desde niña, como subrayó Ellen, parecía feliz. Sólo la preocupaba el trastorno que podría traer a Charlotte el traslado de su ataúd a Haworth: insistió en volver al hogar cuanto antes, pero el médico al que interrogaron sobre la oportunidad del viaje de regreso dictaminó que le quedaban pocas horas y el viaje fue desechado. Con serenidad, entonces, miró a su hermana y le dijo: “Ten valor Charlotte, ten valor”<sup>650</sup>.

No debería haberse preocupado por las dificultades del traslado, porque no sucedió. La enterraron en el cementerio de la iglesia de St. Mary, en Scarborough, sólo Ellen y Charlotte, porque Charlotte espantó al médico que insistió en acompañarlas y a la señorita Wooler, que tenía una casa en el balneario y también había ofrecido su ayuda. Anne murió la tarde del lunes 28 de mayo de 1849 “muy dulcemente”<sup>651</sup>. Charlotte, exhausta y con fiebre, esperó un día entero para escribir a su padre. De paso, con la demora le evitó el trastorno del viaje: ¿estaba en su ánimo, además, facilitar la asistencia del párroco a una ceremonia que se celebraba en Haworth en esos días? Le anunció que no llegaría a tiempo para el funeral y que las gestiones para el entierro estaban en marcha. La eventualidad de trasladar el cuerpo hasta Haworth fue descartada, ya porque Charlotte quisiera ahorrar el dinero, ya por evitar las complicaciones que acarrearía. Pero si Anne lo hubiera solicitado, estaría registrado en el relato que escribió Ellen, minucioso y no exento de morbidez en la descripción de los momentos mortuorios. “El melancólico

traslado nunca fue hecho por la afligida hermana, que decidió dejar yacer la flor en el lugar en que había caído. Ella creía que esto era lo más acorde con los deseos de la que había partido. No fueron expresados deseos. Ella no había preferido ningún sitio.”<sup>652</sup> De modo que la tumba de Anne es la única que no ocupa su lugar en la iglesia de Haworth que alberga al resto de la familia.

El señor Brontë, que jugó su papel en esta postrera pero no última exclusión de Anne, insistió en que Charlotte permaneciera unas semanas en el mar, considerando que sería beneficioso para una salud tan endeble como la suya. Las amigas no se quedaron en Scarborough, sin embargo; se instalaron en un hotelito de Filey, muy cerca de allí, donde pasaron unos días más.

De regreso en la rectoría “limpia y reluciente”<sup>653</sup>, los perros la recibieron “con extraño éxtasis”, como si ante Flossy y Keeper ella representara a sus hermanas en la Tierra, escribió a Ellen. Volvió del mar resfriada y con dolores musculares, pero ocultó los síntomas a su padre, “cuya ansiedad me atormenta de una manera inexpresable”<sup>654</sup>. La muerte, que había visitado la casa durante el otoño, el invierno y la primavera, rondaba a Charlotte sin que ella pudiera evitarlo. La súbita declinación de Emily, tan robusta y saludable, le daba razones suficientes como para temer por ella misma, tan enfermiza desde pequeña. La teoría del germen infeccioso de la consunción no se difundió en los ámbitos científicos hasta veinte años más tarde, de manera que cualquier enfriamiento podía convertirse, en la rectoría, en un asunto de vida o muerte.

La ausencia de sus hermanas le causaba una tristeza intolerable. “La gran prueba es cuando cae la tarde y se acerca la noche”, escribió a Ellen. “A esa hora nosotras nos reuníamos en la sala —solíamos charlar—. Ahora me siento sola, necesariamente estoy en silencio.”<sup>655</sup> El insomnio que le había sobrevenido después de la muerte de Branwell se acentuó, y la visión de Keeper, apostado en el pequeño cuarto de Emily, y la de Flossy, merodeando la casa tras los rastros de Anne, no dejaban de apesadumbrarla.

“Labor debe ser la cura, no la simpatía. Labor es la única cura radical para la pena arraigada”<sup>656</sup>, escribió a Williams, citando a Macbeth. Su corresponsal le aconsejó que contemplara la posibilidad de vivir en compañía de alguna joven dama y pudo haber mencionado a una de sus hijas en alguna de estas cartas, que deben haber sido quemadas. Ella declinó su propuesta en favor de esa “joven persona condenada a compartir tan aburrida y melancólica existencia”<sup>657</sup> con “una iglesia y cementerio de piedra como perspectiva, el silencio mortal de una rectoría de pueblo... junto a una seria y silenciosa solterona por compañía”<sup>658</sup>.

Ellen le propuso hacerle una visita y, ante su renuencia, le envió de regalo un baño de ducha. “Un inmenso y monstruoso paquete de Nelson, Leeds, llegó ayer. Debieras ser castigada con todo rigor. Tal es el agradecimiento que recibes por toda tu molestia... Cuando vengas a Haworth, por cierto que te daré un remojón de cuerpo entero en tu propia ducha. Aún no he desembalado al culpable”<sup>659</sup>, le escribió el 28 de septiembre.

Por entonces retomó la escritura de *Shirley*, abandonada durante la enfermedad de Anne, y en septiembre entregó el volumen terminado a James Taylor, un editor que Smith & Elder envió a la rectoría. El plan del viaje para recibir el manuscrito es posible que haya surgido por iniciativa del mismo James Taylor. De cualquier forma, a él le encantó *Shirley* y a partir de esa visita empezó una asidua correspondencia con Charlotte. La protagonista de *Shirley*, una rica y hermosa heredera, poeta y filósofa sin obra, es un retrato idealizado y poco verosímil de Emily, que se complementa con el personaje de Caroline Helstone, un retrato de Charlotte tan estilizado y fantasioso como el otro. Otra vez, los personajes de Charlotte pensaban como ella, su moral no era diferente a la de la autora. Si en *Cumbres Borrascosas* Emily había reflexionado sobre el alma inmortal, en *Shirley* Charlotte seguía hablando de sí misma. Pero la novela describe a la sociedad del oeste de Riding con una gracia y minucia que puso en vilo a los coadjutores y curas de Yorkshire.

Una vez que *Shirley* entró en el proceso de impresión, Charlotte tuvo oportunidad de leer con atención la reseña del *North British Review* de agosto, que partía de la ahora generalizada suposición de que los Bell eran uno solo. El crítico había abandonado la lectura de *Cumbres Borrascosas* por encontrarlo excesivamente desagradable y acusaba a *La inquilina de Wildfell Hall* de contener escenas de “vicio al desnudo”<sup>660</sup>. En el *Quarterly Review* de diciembre de 1848 un crítico anónimo —que resultó ser Elizabeth Rigby, una amiga de J. G. Lockhart— había calificado a *Jane Eyre* de libro peligroso y “anticristiano” y a *Cumbres Borrascosas* de poseer un “paganismo odioso y abominable”<sup>661</sup>. Después de tantos meses de aislamiento, Charlotte cayó en la cuenta de que entre la atención a sus hermanas y la escritura del nuevo libro había descuidado la reputación de la familia. Exasperada, escribió un prefacio a *Shirley* en el que respondió con causticidad a cada una de las críticas del *Quarterly*, pero George Smith y Williams la disuadieron de publicarlo. Un prólogo con el relato de sus circunstancias personales y de la muerte de Acton y Ellis Bell, le sugirieron, podría ser más apropiado. Ella se negó: “Cuanto más profundos son los sentimientos que uno siente, más quiere uno guardárselos para sí”<sup>662</sup>. Pero la herida por el trato que la crítica había dispensado a sus hermanas no dejaba de afectarla y sabía que en algún momento habría de ajustar las cuentas.

Dos días antes de la publicación de *Shirley*, en octubre, hizo una visita al dentista en Leeds, donde es probable que le hayan extraído algún diente. Sin volver a Haworth siguió viaje hasta Birstall para pasar unos días con Ellen, por fin aliviada de saberla al tanto de su secreto. Poco antes de la muerte de Emily, una noche en que ambas estaban sentadas frente al fuego de la rectoría, Ellen había preguntado a Anne por qué sonreía. Tímidamente, Anne le mencionó que había visto publicado uno de sus poemas en una revista, y debía referirse al *Fraser's Magazine* de diciembre de 1848. Ésta fue la primera respuesta categórica a los interrogantes de Ellen. La segunda se la dio

Charlotte, cuando antes de su partida le regaló un ejemplar de *Cumbres Borrascosas*.

Durante su estadía en Birstall Charlotte descubrió, con estupor, que *Jane Eyre* había sido leído en todos los distritos del norte de Inglaterra. “Me temo que ya no voy a poder caminar invisible”<sup>663</sup>, le escribió al editor Williams. Tenía razón. Desde la Casa Guidi de Florencia la poeta Elizabeth Barrett Browning escribió a una amiga para agradecerle su último chisme: había escuchado que *Jane Eyre* había sido escrito por una gobernanta de la escuela Cowan Bridge. “Ciertamente no pienso que las cualidades, medio salvajes y medio librepensadoras, expresadas en *Jane Eyre*, encajen con una gobernanta modelo”<sup>664</sup>, ironizó. “Tu cuento cae como una gota de rocío sobre la curiosidad reseca de algunos de nuestros amigos de aquí... No puedo resistir la tentación de contarlo. La gente es *tan* curiosa... sobre este autor en particular.”<sup>665</sup>

A partir de la muerte de las hermanas no pudo ser sino Ellen, en ausencia de Mary Taylor, aún en Nueva Zelanda, quien de algún modo ocupó el lugar privilegiado que Emily y Anne tenían en el afecto de Charlotte. Para Ellen, la celebridad de su vieja condiscípula agregó brillo y diversión a un vínculo que de a poco se fue tornando más y más importante en su vida. ¿Y con los años no fue su razón misma de existir?

Otra carta de Charlotte a Williams, escrita durante una visita de Ellen a Haworth a modo de disculpa por no haberle contestado antes, deja traslucir el tono íntimo de la amistad entre las jóvenes: “Ahora mismo estoy disfrutando de la sociedad de mi amiga Ellen, y ella me hace indolente y negligente. Estoy demasiado ocupada hablando con ella todo el día como para hacer algo más”<sup>666</sup>.

Una vez transcurrido más de un año entre enfermedades y duelos, y luego de soportar el intolerable aniversario de la muerte de Emily, Charlotte aceptó la invitación a Londres de George Smith. La sola idea de ir a fiestas o grandes

recepciones le producía rechazo, y desde pequeña sentía aprensiones hacia la “Gran Babilonia”<sup>667</sup>, aunque la perspectiva de conocer a los grandes personajes literarios de la época, como Thackeray, Dickens o Harriet Martineau, a los que leía y admiraba con devoción, la impulsó a hacer el viaje. Las Wheelwright, sus discípulas y amigas de Bruselas, la invitaron a hospedarse en su casa, pero ella optó por la residencia de los Smith. Para la familia Wheelwright, ella seguía siendo una gobernanta; en la residencia Smith sería una autora. Esta elección, escribió Mary Taylor, significó “la noción de la fama literaria, un pasaporte a la sociedad de la gente inteligente”<sup>668</sup>.

\* En su carta a W.S. Williams Charlotte le dijo que su hermano había sido la primera persona a la que había visto morir. Ello implicaría que no vio morir a su madre ni a su hermana Elizabeth, aunque Sarah Garr afirmó que los niños rodearon el cuerpo de su madre la mañana en que murió.

\*\* Virginia Woolf considera a las dos Catherine de *Cumbres Borrascosas* como “las mujeres más adorables de la narrativa inglesa”, y a Emily capaz de “hacer trizas todo aquello por lo que conocemos a los seres humanos y llenar esas transparencias irreconocibles con una ráfaga de vida de tal índole que trasciende la realidad. La suya, pues, es la más excepcional de todas las capacidades. Supo liberar la vida de su dependencia de los hechos; con unos cuantos toques, indicar el espíritu de un rostro para que no necesitara cuerpo; hablando del páramo, hacer que el viento soplara y rugiera el trueno”. (*El lector común*)

\*\*\* Pese a que tradicionalmente se afirmó que Emily murió en el diván de la sala de la rectoría, es más probable que haya muerto en su habitación. Charlotte mencionó a Keeper yaciendo “al lado de su lecho de muerte” en su carta a William Smith Williams del 25 de junio de 1849.

\*\*\*\* Véase Thomas John Graham, *Modern Domestic Medicine*.